

CR – 82 – 2.013

TÍTULO:

AMOR DE HIJO

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

Sopla el viento suave
En mi frente morena,
Oigo una música
Con clave de Sol
Y de Mi La Fa.
Aquel cantar que escuché
Ese día de primavera,
No dejo pensar en el
Por más tiempo que pasase
En mi vida petenera.
Ese llanto que carece
De humanidad entera,
Por ser más bien
Un llanto de plañidera.
Cuéntame algunos hechos
Que tú hicieses con ella
En aquella época
Que fue tu mujer,
Cuando tú la querías
Sin ninguna reminiscencia.
Cuéntame qué fue de ella,
En esa buena época
De quererse entre dos

Amantes que se idolatran.
Cuéntame tú muchas cosas
De esa mujer que te deja,
Por circunstancias adversas
En esta vida postrera.
Cuéntamelas, hazme caso,
No te las calles siquiera
Para alegrarme el oído
De estos días que me quiera
Esa mujer a mí,
Con todo su amor del Mundo.
Cuéntamelas: Hazme caso;
Cuéntamelas que no paro
De pensar yo en ella.
Cuéntamelas, cuéntamelas
Te lo ruego:
No te dejes sin contar
Tú nada de ella. . .
. . . Yo. . . No sé si debo. . .
-. Cuéntamelas, te lo ruego.
-. Sé que rogar es mucho;
Pídemelo al azar
Sin compromiso de nada,
Que yo te voy a contar
La excelencia de esa mujer
Cuando yo la quería,

Estando a gusto en su casa.

-. Aquellos días hermosos

Para nuestro tierno querer,

De ilusiones y gracioso

Todo su ser,

Siempre que se acercaba

A mi persona también.

Era tierna ella sola

Como la flor de la amapola,

Que está en el campo

Sin que la acaricie nadie;

Así pasó, te lo cuento:

Por falta de mi querer,

Por no saber

Haberla dado

Una caricia a su tiempo.

Por no haberla dicho:

“Te quiero”,

Ni haberla dado un beso

De amor sincero.

Así paso,

Que un día

Encontré el nido solo;

Había volado la pájara

A otro nido

Mejor cobijado.

¡Qué días!, ¡qué noches!,

Pasé yo en aquel tiempo
Habiéndome visto solo
Sin sus caricias,
Sin sus besos.
No la perdí el rastro
Por más que se alejaba
De mi persona
La piba, y la señora
Mi casa.
Cuando conmigo
Se cruzaba
Miraba para otra parte
No queriendo saber ella nada
De mi persona,
Que era su verdugo
Y su dueño,
En vez de haber sido
Un buen compañero
De ella, de su gracia
Y de sus empeños.
Deshecho me vi al pronto
Que ella de mí se alejaba;
Deshecho y sin amparo
Metidito en mi casa.

- Bastante me has dicho de ella;
Que fue una mujer entera,
Cabal desde los pies,

Fiel, mujer buena
Donde las haya
Como ella.
Estoy prendado de ella;
De sus manos,
Sus alientos,
De su mirada serena,
De su don de palabra,
De su perfil de seda.
Estoy que no puedo más
De lo alegre que estoy,
Por eso quiero cantar
Al viento, a la naturaleza:
A voces quiero decir
Lo a gusto que yo me siento
En estos días de amor,
Como el que yo la tengo.
Siento por ella un don
De sentidos primorosos,
Para podérselo decir
A toda la persona
Que quiera escuchar
Eso que por ella siento:
Siento un ser superior
Dentro de mi mismo cuerpo,
Siento que no soy yo
Por más que lo pienso,
Y pienso que soy otro

Hombre distinto
Al que era hacia tiempo;
Cuando andaba sin rumbo,
Sin dirección en mi vida,
Por no tener ese soporte
Que me aleje en la huida
De ese agobio infinito
Como tiene una persona
Que en éste Mundo se ha visto
Sólo y sin motivo
Para vivir su vida.

La conocí hace poco,
Pero bastante para saber
Que es la mejor mujer
Que me quita ese agobio
Con el que tuve que padecer
La soledad infinita
Del que no tiene a nadie
En la vida.
Qué cariño tan sublime
Es el que me da
A mí ella;
Qué grandeza de amores
Los que en sí nos tenemos
Para publicarlo a voces:
Que la quiero,
¡Que la quiero!.

Será tal vez que me quiere,
Que yo también la quiero
No teniendo impedimentos
Para alardear de amores,
Entre el uno y el otro:
Que la quiero, por supuesto.
Ayer, anteayer fui preso
De su cariño sincero,
De su bondad excelente
Y de su físico presto
Para quererme por entero.
Vi el Cielo abierto,
Todos los días lo veo,
Para subirme a la loma
De ese cerro
Que es mi empeño.
Me empeño todos los días
Por hacerla mejor la vida,
A mi amante, a mi novia,
A mi mujer; ya que antes
Estaba en la vida solo
No teniendo yo a nadie.
Si quiere, yo se lo compro
Antes que abra la boca,
Si está triste la animo
Para no verla de esa manera,
Tan sutil y tan sincera.
Así nos compenentramos

En nuestras intenciones,
Que son el querernos
Con ganas,
Hasta que nos falte el aliento.
Alguna excursión que salga
Se lo anuncio yo al instante,
Para llevarla
A la playa o a la montaña,
Siempre que el tiempo
Sea bueno.
Pero tengo una espina
Dentro de mi corazón,
Tengo en mi memoria
Todos los días, señor,
Que yo no sabía una cosa
De esa mujer divina:
Me lo tuvo que decir
Alguien no allegado a mí.

- . No me dijiste nada,
De un retoño que ha nacido
De otro amor
Más lejano,
Que este mío
Y menos hermano;
Al no hacerse el cargo
De esa flor
Dentro su vientre,

Esa niña de ojos azules,
De cabellara imponente:
No me dijiste nada.

- ¿Qué quieres que yo te diga?;
Si me estoy enterando ahora,
Si esto para mí es nuevo
Al no decirme ella nada.

- ¿No me digas?.

- Sí te digo.

- ¿No me cuentes?.

- Sí te cuento.

- Entonces seré creyente
De lo que a mí me cuentan,
Esas lenguas viperinas
Tal vez mortíferas;
Por ser lenguas todas ellas
Con maldad en su empeño:
¡Qué agobio, en mi pecho!,
Que sentimientos,
Qué entrañas
Las que tienen esas lenguas
Viperinas y con acechanzas.
Pero con ella me siento
El hombre más superior,
Y también me encuentro

Como en una nube de amor
 Por el cariño la tengo
Que no se puede romper.
Amores que son amores,
 Amores de verdad;
De esos amores buenos
En los que se puede confiar.
Ese amor que yo la tengo
 Es un amor superior,
 En donde yo la veo
 Como rama de nardo
Que abre al son del viento
 Cuando el aire
 La caricia suave.
 Ese olor
Que embebe el ambiente,
Ese perfume embriagador
Es la esencia de esa flor
 Como es la que tienes
 En su cara.
La respeto y la admiro,
Por ser mi compañera;
La idolatro en secreto,
 Por no hacerlo
 En su presencia.
Su mirada siempre limpia,
Su talle de pensamiento,
De ese rubor que tengo

Para con su persona agresiva.

Agresiva por ser guapa,

Por ser una Estrella

Del Firmamento,

Por ser la mujer

Que quiero.

- . Dice de ti mucho,

Quererla con ese empeño;

Como yo no la quise:

Que envidia que yo te tengo.

- . La quiero, te lo prometo;

La quiero más que a nadie

En éste Mundo supremo.

- . Como yo no la quise;

Ó no la supe querer:

Que seas feliz con ella,

Te lo deseo también.

- . ¡Pues claro que la deseo!;

La amo con todas mis fuerzas

Y la venero

Por sus hechos,

Por su gracia

Que ella tiene

Metida en todo su cuerpo.

Ese trato tan divino,

Como ella tiene conmigo;

Es manantial supino
De esa fuente cristalina,
Como son sus ojos
De comprensión
Con afición
De una buena dama.
Siento el Cielo abierto
Para acogerme en su morada,
Una vez que ella me diga:
Te quiero más que a nada
En éste Mundo de amores,
Te quiero sin acechanzas
De ningún engaño
Por mi parte,
Para decirte muy cerca
De tu oído:
Te quiero.
¡Qué cosas hay en el Mundo!,
Cuando a ellas te abrazas,
Por verlas tú deliciosas
Para tu persona grata.
Te acercas tú a ella
Con Espíritu abierto,
Para comunicarla tú cariño,
Que tienes dentro del Alma.
Si algún día deseara
Tener hijos conmigo,
Yo en sí se lo agradecería,

Se lo agradecería que así fuese;

Por ver su vientre esa rosa

Que dentro de el revierte.

Vendrá de inmediato a mi vera,

Yo la estaré esperando

Para darla un beso

En la mejilla y al lado.

Saltaré de alegría

Cuando la vea de nuevo

Cerca de mí, por supuesto.

Ahora salgo corriendo

A la estación deseada,

Pues es la hora de llegada

De ese Ave nocturno

Que me trae a mi amada.

Me despido de ti

Por ahora, al momento

Que llegara

Mi compañera amable

A esta ciudad encantada.

Salí que no veía,

Más que correr, volaba

Para ver cuanto antes

A mí querida amada.

Me paré yo de pronto.

Cuando supe su tardanza;

No había llegado el Ave

Por no ser la hora deseada.
Esperé como cinco minutos,
Cuando en sí se me pasaron
 Volando esos minutos
Por pensar en esa mujer,
 Que la iba yo a ver
 Dentro de poco
 En mi ciudad.

 Llegaba majestuoso,
Llegaba el tren, por supuesto,
 A la estación aquel día;
Llegaba como diciendo:
Vengo a traerte tu querida.

Bajabas despacio los peldaños
 De ese vagón del tren;
 Piecitos que adoraba
Cuando los pude yo ver.
 Bajaba con soltura
 De una buena mujer,
 Femenina como ella,
Sensible, también lo es.
Bajó, por fin, a mi encuentro,
 Corrí para poderla ver,
Para saludarla de nuevo
 A esa excelsa mujer.
 Corrió ella hacia mí,

Sin poderse retener:
Los dos nos fundimos
En abrazos
Deseándonos lo bien
Que nos encontrábamos
Por ahora;
Pues hacía tiempo
Que no nos pudimos ver.

- . Que si yo estoy bien.
- . Que te encuentro superior.
 - . Ya tenía yo ganas
Ver tu cara bonita.
 - . Y yo sentirte después,
Que te hubiese saludado,
Con un saludo en la sien.

Me quedé que no hablaba,
Por aquello que me dijo:
Que me iba a saludar,
Con un saludo en la sien.
¿Qué es esto, Dios?;
Si después de algún tiempo
Me quería saludar
Como si fuese un conocido,
De esos que se encuentran
En la estación a deshora.
La agarré por los hombros

Atrayéndola hacia mí,
La propiné yo dos besos
Que la hicieron temblar
Las rodillas en la tierra,
Para luego resoplar
Ese aire que tenía
En sus pulmones retenido.
Me miró de frente,
Cogiendo aire también
Para poder decirme:
Cuidado, que hay gentes.
¡Qué gentes ni ocho cuarto!;
Si yo la quería besar,
No recatándome al tiempo
Que ella me paraba en seco
Por haber gentes en el andén.
¡Vaya, que vaya, que vaya!;
Con las gentes y su contorno,
Pues yo la quería recibir
Como se recibe a una princesa,
No pudiéndolo yo hacer.
¿Sentimientos?, ninguno;
A mí me parecía
Que esa mujer
No tenía
Hacia mi persona amada,
Y mi persona la quería,
La quería más que a nada.

Creí ver en ella
Un atisbo de querer,
Pero enseguida yo vi
Que estaba por él;
Por el hombre de su vida,
Por ese ser agraciado
Que no le podía olvidar.
¿Qué haría yo ahora?:
Si no la puedo contentar
Por más caricias que la hago,
Por más complacencia
Que yo me empeño
Hacerla para ella,
En ese día de gracia.
No sabía qué hacer:
Si comprarla un piso,
Ó una joya después
Que ella me diga,
Te quiero
Con ese su gran querer.
Estaba solo en el Mundo
Sin saber yo qué hacer,
Me debatía en indecisiones
Que en sí no me venía
Para nada bien.
¿Qué hacer en éste Mundo?,
De desastre para mí;
Si no sabía llevarla

Como tenía que ser.
A todas las actuaciones
Que había en la ciudad,
Yo enseguida la llevé,
La llevé a todas las partes
Que la pudiese gustar,
Por ser actuaciones
Que valían la pena ver.
¡Qué grande que era el día!,
Sin yo poder saber
Cómo la complacería
A esa buena mujer.
La cogí a solas un día
Para poderla hablar,
Hablándola de nuestras vidas
Por si se podían enderezar
De esos sufrimientos furtivos
Como ella tenía
Dentro de sus pensamientos:
Y mis pensamientos decían
Por qué podía ser.
Por qué podía ser
Ese gran sufrimiento
Que tenía ella metido,
Metido dentro su cuerpo
Para no poderme hablar
Claro, como yo lo hacía.

- . Vamos a ver, mi Cielo:
 ¿Qué te pasa a ti?,
 Mi reina;
 Ya que te veo triste
 Y no lo puedo saber.
- . Contigo no va nada;
 Tú me lo puedes creer:
Lo único que a mí me pasa
 Es que voy a florecer.
- . Alguna Magnolia altiva
 Te sientes tú desde ahora:
 ¿Qué es eso?, que me dices.
 Que no lo puedo creer.
- . No quiero bromas con eso,
 Con lo que voy a traer,
Por culpa de nuestras relaciones;
 Mi vientre va a florecer.
- . Entiendo, que tú estés
 Triste por eso que va a ser
Tu primer capullo florecido
 Dentro tu vientre de miel.
 Pero lo que no entiendo,
 Es por qué;
 Por qué estás triste,
 Ya que podemos tener
 Una felicidad entera
 Por lo que puedo yo ver.
- . Me siento otra, por ahora,

Me siento que no me siento
Como antes estaba yo;
Tan ligera y bondadosa
Con las personas que me cruzaba
En mi camino tal fiel.
Ahora las eludo;
Para que no me puedan ver
Mis formas descompuestas
Y mi manera de ser.
- Tranquilízate, preciosa,
Ya que vamos a tener,
Dentro de pocos meses,
Nuestro primer retoño
Por culpa de nuestro amor;
Ese amor que Dios nos dio,
Pues ÉL con su bendición
Nos ampara y nos guía
Dentro su ser,
En la Santa Madre Iglesia
Y en nuestra comunión:
En esa fe que tenemos
Para poderla difundir
A los cuatros vientos,
Diciendo también:
¡Ayúdanos, padre mío!,
Ayúdanos a querernos
El uno al otro con fe.

Se cayó en mi regazo,
En mis brazos sempiternos
Para ella, desolado
Me vi yo en esa hora
Que no la supe entender.
Pero cuando su cabeza apoyaba
En mi hombro en esa hora,
Sí la supe yo entender:
Entendía su agobio
Por ser la primera vez
Que traía un hijo al Mundo
Sin yo poderlo saber.
Cuando me vio tranquilo,
Se tranquilizó ella también,
No mostrando ese nerviosismo
Como antes lo había hecho
Por no saber lo que hacer
Con su nuevo estado
De madre primeriza:
Con ese miedo que entra,
Que entra en alguna mujer.
La senté yo a mi lado
Para poderla consolar,
Para que ella se diera
Cuenta de lo demás;
Que era eso normal,
Que una mujer estuviera
Embarazada y en paz.

La hablé de tantas cosas,
De tantas cosas la hablé
Que ella ya no podía,
No podía comprender
Lo que yo la estaba diciendo
En esa hora que fue
Para ella un alivio
Con lo que yo la enseñé
En aquella hora profunda,
Profunda para nuestro querer.
Se quedó pensando un momento
A eso que yo la dije,
Me miraba con cara complaciente;
Como dando su brazo a torcer.
Se levantó del asiento
Sin ella pensar después
Dónde se iba entonces;
Para que lado,
Para qué sitio torcer:
Si eso que yo la dije
Era lo normal del Mundo
Que podía suceder
A una mujer en su estado,
Siendo esposa
Y amante también.
Se hizo ella un café
Para tomarlo despacio,
Como queriendo comprender

Que la vida era esa
Y no la que ella se afanaba a tener.
¡Aquí no ha sucedido nada!;
Se decía ella sola
Cuando pensaba en su estado,
En su pequeño bebé:
Como queriendo tener
La misma vida de antes,
De antes de embarazarse.
Pues no; no la podía tener;
Ya que ella estaba casada
Y eso podía suceder.
Saboreó el café,
Sorbo a sorbo y despacio,
Saboreó el café;
Como queriendo comprender
Todo lo que yo la dije,
En esa hora tan fiel.
Se sentó ella a mi lado
Como queriendo saber
Algo más que yo la dijese
De su estado emocional,
No de su nuevo embarazo
Y sí, como lo va a pasar.

-. Lo pasarás, tú, como otras
Tantas mujeres,
Que en el paritorio estuvieron:

Con ansiedad y dolores

Para dar a luz

A su retoño

En esa hora de muerte,

De muerte y de sudores.

Así la hablaba a solas,

No la quería engañar:

Para que ella supiera

Lo que la iba a pasar.

Abría la boca ella

Como nunca lo hizo,

La abría para hablarme

Alguna cosa demás.

No pudo ella ni hablar,

Por el impacto causado

En su intelecto cerebrar.

Me cogió de una mano,

Como queriendo hablar,

Y al momento me decía

Alguna cosa singular,

Como que ella quería

Pasar ese trago infernal,

Para tener a nuestro hijo

Con esa cruz celestial.

Nuestra casa recibió

Esa luz resplandeciente

Que reciben los hogares

Cuando en ellos se da
Esa gracia de Dios
Trayendo un hijo al Mundo.
Alegría de sus padres,
Cuando va a llegar
Ese bebé pequeño
A esa casa impregnada
De ese gozo paternal.
Llegó por fin el día
En el que pudo alumbrar
Un hijo de sus entrañas
Mi mujer, y nada más.
Nada más ni menos,
Que tuvimos un hijo:
Guapo como el solo,
Hermoso de verdad.
Pesó al nacer
Dos kilos y medio,
Parecía ya criado;
Aunque todavía
No nos veía,
Parecía se fijaba
En su madre y en mí.
Su madre estaba graciosa,
Haciéndole fiestas a él,
A ese hijo que trajimos
Sin poderlo ya saber
Que de nosotros nacería

Un hijo entre los dos,
Alegrándonos la vida
En éste Mundo de amor.
No podía estarse quieta
Su madre con él en los brazos,
Respiraba angustiada
Por regalar el corazón
Demasiado la sangre
Y ya en sí en su interior
Sentía que se moría,
Que se moría de amor.
Su madre, que yo gozaba
Con tan sola su visión,
Haciéndole carantoñas
En su cunita de amor.
Torreones forma el viento
En el cerebro de ardor,
Que luego los tira al suelo
Con ese simple pudor,
Del que hizo y deshizo
Por sentirse superior.
¡Qué grande que es la vida!,
En este mar de pasión;
¡Qué desmesurado el cariño!,
Siempre que se siente amor.
Aunque llore ya mi niño,
De la cama me levanto yo:
Allí me encontraré cerca

De su cunita, señor.

Cariño, siempre cariño,
En ésta Tierra de pasión,
De gloria y de artilugio
Para las personas amadas;
Ya que en sí no ven
Les pasen algo malo
Por lo interesados que están
Cuidando a su bebé,
Un trago
De saliva amarga
Siempre se siente el mal
Que va a pasar en la casa,
A tus gentes por igual.
Rezo y me compadezco
De otros seres desprotegidos
Al amparo de la mano,
De la mano de Dios.
Yo por lo menos
Tengo algo
En lo que me puedo acoger,
Algún trabajo yo tengo
Propiciándome el bienestar
De mi hijo y mi mujer
Y el mío propio también.
Sus pañales, su cunita,

Sus ansias de llorar,
Sus sueños cogidos
Aunque le vayan a dar
Su biberón a su hora
Y su manera de andar.
Se cae, se levanta
Para volverse a caer,
No se sujeta a nada;
No se puede sujetar,
Por no tener esa fuerza,
Esa fuerza inmortal.
Carita de nardo alegre,
Boquita de frenesí,
Manitas tiernas de grana
Con una risa de postín.
Ya tiene mi niño
Seis meses,
Y como adelantado que está
Quiere él caminar:
No camina, que se cae,
Al suelo quiere llegar
Dando con su tierno cuerpo
En los baldosas de la habitación
De ese salón ideal;
Para que juegue mi niño
En su bonito tacatá.
De él quiere salir,
Para él en sí jugar

Conmigo y con su madre
Esa mujer ideal,
Que ha traído un hijo al Mundo
Para que le pueda gozar.
El gozo es infinito,
Entre su madre y yo
Contemplando a esa criatura
En nuestros brazos, señor.
En ese estado de gracia,
En que los dos nos encontramos;
Su madre por ser madre
Y yo por ser padre
De esa criatura preciosa,
De ése Ángel, la criatura,
De esa Estrella Celestial.
Colonia, venga colonia
Que su madre le baña en ella,
Oliendo a flor y a esencia
De la buena.
Las noches: ¡No puede ser!,
Que no se calle el bebé,
Con ese torrente de voz
Como él tiene.
No sabrá llamarnos,
Pero lo hace muy bien:
Se mueve, se encrespa el niño
En su cunita de miel.
Allí que llego yo

Para poderle asistir,
En ese sollozo de amor,
En ese reclamo de ardor.
Me siento grande en el Mundo,
Me siento yo superior;
Para poder decir:
¡Viva!, que viva mi amor.
El niño ya fue creciendo,
Cumplía años mi amor;
Cada vez que los cumplía
Un regalo le hacíamos,
Un regalo que otros niños
Ya quisieran para ellos.
Así un año y otro año.
Hasta que por fin se marchó
Para estudiar una carrera
En una universidad
Que había allí cerca,
En la misma capital.
Elegió bien la facultad
Donde tenía que estudiar,
Donde tenía que desarrollar
Sus conocimientos académicos
Para luego sacar
Ese título que los dan
Cuando hacen su tesina
En la misma facultad.
Quiso sacarlo el chico,

Me decía que ponía empeño
En lo que él estudiaba;
No sabía yo qué materias
Estudiaba mi chico
En la misma facultad;
Pues siempre que él hablaba
De un examen parcial
Me decía que a la siguiente vez
Sacaría mejor nota,
Que esta vez ha sacado ya.
No sé como será;
Pero lo cierto me fui
Derecho a la facultad:
Allí esperé para que saliese
De su aula mi retoño.
Vi salir a todo el mundo
Que había asistido
A clase aquel día;
Pero no pude ver
Salir a mi chaval
Con los libros
Bajo el brazo
Por no haber asistido
Aquel día
A las explicaciones
Que el catedrático los da.
Eso sería que estaba
Indispuesto mi chaval,

Me iría a su colegio
Universitario para hablar
Con mi hijo por ahora
Si le pasaba algo mal.
Me dirigí a pie al colegio
Mayor para poderle ver;
Pero cuando estaba pasando
Por un alegre mesón
Le vi alegar a las gentes
Con su manera de ser:
Estaba contándolos chistes,
Diciendo algo así;
Como que tenía él un padre
Rumboso por todo lo alto,
Sin poder adivinar
Las fiestas que estaba llevando
En esa gran capital.
Le esperé yo en la puerta
De ese gran mesón,
Para que no tuviese
Vergüenza delante de sus amigos.
¡Qué va!, ¡qué iba a tener vergüenza!,
Vergüenza ese chaval;
Si me hablaba con desparpajo
Delante mi cara
Sin titubear.
Por ahora no sabía lo que hacer
Con mi hijo en ese momento;

Pero enseguida me acordé
Que tenía un conocido
En aquella ciudad,
Pagándole yo la pensión
A mi hijo en ese hogar.
Se estaba terminando el curso,
Pero con todo y eso
Saqué del Colegio Mayor
A mi hijo a buen tiempo
Que le llevé a la pensión
Regida por una señora,
De las de toma y taca
Haciendo que mi hijo estudiase
En vez de salir a deshora.
Por supuesto repitió
Mi hijo todo el curso,
Hablando yo con su madre
Que no quería creer,
Que su hijo fuese perro,
Sinvergüenza de una vez.
¡Madre!; la que se lió
En mi casa cuando dije:
Que teníamos que marcharnos
A la ciudad a vivir,
Que había pedido el traslado
A esa bonita capital,
Como era la de nuestra provincia,
Para más bien vigilar

A nuestro hijo en sus estudios:

¡Ay!, la que se pudo liar.

- Que si nuestro hijo es bueno,

Que no hace falta vigilar

Sus estudios por ahora,

¡A ver!, qué va a pasar.

Me recriminaba mi mujer,

Por yo intentar

Vigilar a mi hijo

Para que estudiase más.

Me sinceré con su madre,

Cuando se calmaron los nervios;

Diciéndola lo que oí

Un día en los mesones

A la hora de salir

De aquel establecimiento

Detrás de varios amigos;

Ya que sus condiscípulos

Salieron hacía una media hora

Del aula del catedrático

Con los apuntes bien hechos.

- Pamplinas, oigo pamplinas;

De tu boca sale ya

Ese sufrimiento para mí,

Metiéndome en el corral

Esas cabras locas,
Como yo voy a pensar
Que mi hijo es una patraña,
De esos que hay que agarrar
Y tirarlo al estercolero
Blando para que no salga más.

-. No, mujer; no es eso
Lo que yo te quiero decir:
Te digo que yo le quiero,
Por eso le vigilaré
Más de cerca en la ciudad,
Una vez que nos mudemos
A ella para vivir.

-. Sé que por un hijo
Se hace todo lo que se pueda;
¿Pero crees tú que valdrá?
Para vigilar a nuestro hijo,
Con una simple amistad.

-. Desde hoy le invitaré
Al fútbol y al teatro,
Para que vea en mí
Otro amigo más:
Así formaré con él
Una buena amistad.

- . Así te quiero yo ver;
Junto con nuestro hijo,
Junto yo también;
Para que no diga nadie
Que por ganas no fue,
Que pusimos nuestro empeño
Para poderle guiar
Por la senda de los estudios
A nuestro hijo,
A nuestro amor verdadero:
Ese que él nos da.

Instalados en la ciudad,
Su madre y yo por supuesto;
Fuimos celosos en ello,
En que estudiase nuestro hijo
Como ninguno yo creo.
Estaba alegre viendo
Tanto celo en los estudios
Por parte mi hijo bueno;
Que una noche ya no pude
Viendo le venía el día
Estudiando en su cuarto;
Así que abrí la puerta
Para aconsejarle un descanso:
Y, ¡OH!; Jesús lo que vi
Cuando me presenté allí.
Estaba él estudiando

La manera no estudiar,
Con su ordenador hablando
Con chicas a media noche,
Con su video desolado;
Por tener una película
Al desnudo todo humano,
Haciendo el amor entre todos
Los protagonistas del celuloide,
Como si fuesen venados.
¡Está bien!, por ahora;
Le dije yo con agrado
A mi hijo esa noche
Que le cogí estudiando;
La manera no estudiar
Las materias que le han dado.
Salí sin hacer ruido
De su habitación de al lado
La nuestra, donde su madre
Dormía con agrado.
Por la mañana temprano
Informé yo a su madre
De aquello que me hubo mostrado
Por la noche en su alcoba,
Sin consuelo a mi lado:
La dije que le cogí
Viendo vídeos de desnudos,
Chateando por las Redes,
Con la Youcan mostrando

Esos vídeos a las gentes
Que con él estaban charlando.
Atento escuchaba el chico
Con el que estaba hablando
Por la Webcam
Aquella noche,
Aquella noche mostrando
Aquellas imágenes poco agradables
A la vista del humano.
Su madre montó en cólera
Por saber que su hijo
No había estudiado,
Ni un minuto en la noche;
Más bien había pasado
Toda la velada despierto
Para poder mostrar
Aquellas imágenes al desnudo
De chica, con conocimiento
Más bien extraviado.
Le prohibió cerrar la puerta
Su habitación por la noche;
Teniéndola que recitar
De memoria las lecciones
Que él haya estudiado.
No sé si sería un agobio
Aquello que su madre le hizo;
Que hasta el día de la fecha
En el barrio no se ha visto

Un estudiante ejemplar,
Como éste chico ha sido,
Desde que su madre le toma
Las lecciones al dedillo
Cada día a mi hijo.
La paga se la restringe,
Le da según lo que saque
De notas en los estudios;
Y si acaso no saca
Más de un seis
No le da dinero
Al chico.
De ahí en adelante
Le da la paga que merece;
Pues si ha sacado un siete
Le deja que valla al cine,
O tal vez un ocho,
Le paga el fin de semana
La diversión con los otros
Chicos de su clase
Para que tome un pulso
A lo que en sí representa
Ésta vida de misterio,
De misterio y de alivio,
Si acaso uno se porta
Como se debe portal
Dentro de la sociedad:
Su emolumento efectivo.

No estaba yo muy a gusto
Un sábado por la noche;
Cuando mi hijo salió
Con destino de la diversión
De aquella noche encantadora,
Sintiendo algo, que no
Me dejaba a mí por dentro.
Me corroía en las entrañas
Un sentimiento vivo;
Como que mi hijo
Se había ido
Fuera de aquella urbe
Para asistir a un evento
No agradable de mí mismo.
Él era el director
De su vida y su fortuna;
Se sacaba, sí señor,
Notas para salir
Con sus amigos
A la Luna.

- . Mujer: Que creo yo,
No le debías dar tanto
Dinero a ese señor;
Aunque se saque esas notas
Tan buenas y con tanto amor.

- . ¡Pamplinas!; serán pamplinas,

Eso que tú me dices:

Pues nuestro hijo es superior

A los otros en razón,

No arrastrándole a él

En sus deseo interior.

-. Aunque nuestro hijo,

Él tenga fuerza

En su interior,

Esa personalidad

Que da a la persona

Para poder descifrar

Dónde se encuentra el mal

Y dónde termina lo bueno.

-. Te digo: Que no me hables más

Así, tú, de mi hijo;

Pues yo le conozco mejor

Que tú, por ser su madre.

-. Y yo que soy su padre;

Le conozco como tú,

A nuestro hijo del Alma.

-. ¡Cállate ya, por Dios!:

No quiero oírte hablar

Nunca más así de mi hijo.

Mi hijo no es un cualquiera,

Para que tú puedas decir
Algo malo de su persona;
Pues su persona no es así.

Salí de casa aquel día
Desesperado del todo,
Porque mi mujer querida
Ella no se creía
Lo que la estaba contando,
Contando yo de mi hijo.
Salí sin rumbo fijo
Por las calles de la ciudad
En la que nosotros vivimos,
Con nuestro hijo del Alma;
Hijo aún más querido.
Pensaba y pensaba mucho
Cómo le íbamos a enderezar;
Pues aunque con él vivíamos
En esa gran ciudad,
No había manera de encarrilarle
Hacia el bien y la bondad.
Con palabras no valía,
Pues ya había yo hablado
Muchas veces con mi hijo:
Que se fijase en otros
Chicos de su clase,
Cómo eran modositos;
Con esa bondad que tiene

El que quiere a sus padres,
Haciéndose caso de ellos
 Para honrarlos
 Como hijo.
Aquel agobio que tuve
Metido en toda mi sien,
Aquel suspiro retenido
 Por no valerme
 En mi sien;
Me parecía que me daba
 Algún ataque también;
Pues me latía el corazón
 Con más ritmo deseado
Que el que pudiera tener.
Me senté yo en un banco
 Donde pude padecer
 Los mayores suplicios
Por pensar en nuestro hijo;
Que es lo que podía ser
 Cuando fuese adulto,
Casado con una mujer.
Lo digo yo con recelos:
 No aconsejaré
 Yo mi hijo
 A ninguna mujer;
Aunque sea mi criatura
 Celestial en el confín
 De las cosas,

Que es mi hijo
Ese tierno Querubín.
No se lo aconsejaría
A ninguna mujer;
Por las cosas que yo he visto
En ese chico, ¿no sé?.
No sé cómo explicarlo,
Para que se me pueda comprender;
Si a veces no eran malas,
Pero otras veces lo sé
Que eran malas,
Malas de tener.
Así se me pasaban
Las horas en ese banco
Sin yo poderme mover,
Por no tener decisión;
Ese impulso que falta
Para tener voluntad
De hacer o no hacer
Cualquier cosa
En esta vida ajetreada.
Hice por marcharme a casa
Sin poderlo retener
Esos nervios que me daban
Al pensar en su querer;
En el querer de mi hijo,
De ese hijo que yo tuve
Con mi querida mujer.

Apenas llegué a casa
Cuando pude yo saber,
Que mi hijo no vendría
Ese día a comer
A casa por ahora,
Al juntarse con los amigos,
Amigote tan fiel
Para ellos,
Era mi hijo
Un pelele de papel.
¡Pues qué bien!,
Que por ahora
Nos comunicaba
Sus decisiones
Y nos decía
Cuando iba él a comer.
Cuchara tras cuchara
Me llevaba yo a la boca,
Sin saber lo que hacía
Y mi mujer como loca
Ella también comía.
No nos dijimos nada,
No empleamos ninguna palabra
El uno para con el otro,
Con sentimientos de ansia;
No fuese a ser que un día
Nos lo echáramos a la cara
Eso que nos contásemos,

Terminanos sin hablarnos
Ni una sola palabra
El uno al otro
Para en sí no dañarnos.
Me levanté de la mesa
Sin saber a donde ir,
Me puse a ver la Televisión
Sin yo saber
Lo que hacía en aquella hora,
En aquella hora después
Que nos quedamos solos
Su madre y yo, pensé
Que mi hijo se había ido
A vivir su vida y ayer
Supe que estaba junto,
Junto con una mujer.
Qué dichosa fue la vida
Los días que estuvimos
Juntos a nuestro hijo
En casa los tres juntos.
Qué días tan dichosos
Que vivimos los tres,
Cuando nadie se metía
En nuestras vidas tal fiel.
Nuestro hijo hacía
Lo que nosotros le enseñábamos,
Con las enseñanzas de Cristo,
Con La Biblia en las manos,

Para que fuese él bueno.
Enseñanzas que le dábamos
A nuestro hijo por la mano
De esas enseñanzas divinas
Como tienen los cristianos.
Sed bueno
Y no renunciéis
A tus principios
Tan tiernos;
Como son éstos te damos
Con cariño de un humano.
Que seas faro en la vida,
Que seas el bien
De los demás
Amigos que tú te echas,
Sin mirar tú para atrás.
Difunde las enseñanzas
Que nosotros te damos,
Difúndelas, por favor,
Que te lo pedimos, sin pecado.
Así nosotros le hablábamos
A nuestro hijo del Alma,
Sintiendo que no nos escuchaba
Ni tan siquiera una frase,
Que nosotros le enseñábamos.
No había más que esperar,
Que él sabría volver
A su casa como los demás

Chicos vuelven al saber
Que el Mundo los rechaza
Por no haber podido entender
 La vida cómo es.
 Volverá, volverá
 Él de una vez;
En cuanto sufra un revés
En su vida borrascosa,
Como lleva en su sien
Escrito por no entender
A la misma sociedad,
Lo que debe él hacer.
Esperamos su madre y yo,
Esperamos a que volviese
Nuestro hijo, ese amor,
A nuestro lado, señor,
Y por esperar esperamos
 Un día y otro día,
Y así uno detrás del otro
Esperamos todos los días
Sin conseguir que llegase
 Nuestro hijo a su casa
 Por estar él ofuscado
 En ese falso amor,
Como una mujer le daba.
 Le daba a él su ser
 Esa mujer facinerosa,
Que le hablaba de querer;

Siendo interés
Lo que tenía,
Lo que tenía con él.
Algún interés tenía
Esa falsa mujer,
Pues no hacía
Más que pedirnos
Dinero a casca porro,
Que por lo menos parecía
Teníamos el Banco de La Nación
En nuestra casa metido,
Que él no cesaba
Pedirnos dinero,
Y dinero cada día
Que hablábamos con él.
Quedamos en ir a verle
Un día que su madre
Me lo pidió con permiso,
Y allí que nos fuimos.
Le vimos, le vimos
Entre miles de porquería
En su casa metido;
Estaba pagando un alquiler
En esa casa nuestro hijo.
Había trozos de periódicos
Por todo el suelo extendidos,
Parecía una pocilga
El piso de mi hijo,

Existiendo una pavesa
Por todo el suelo
De aquel piso.
Las paredes renegreas
De tanto humo echado,
De tanto tabaco fumado
Por su chica encantadora,
Que hacía tiempo
No se lavaba.
Tenía hasta roña
En las piernas esa chica,
Llevaba la cabellera
Entrelazados los pelos
Por no haber visto
Hacía varios días
El agua o un peinado
Para ponerle más suave.
¿En qué trabajaba ella?:
Pues nadie, en sí, lo sabía;
Si trabajaba en algo,
O era que ella pedía
Por las calles de esa Ciudad,
Que nadie la conocía.
¡Vaya!, ¡vaya!; esa casa
Como estaba,
Como estaba,
Si parecía una pocilga
De sucia que la tenían

Esa pareja altiva.
Nos fuimos de aquella casa
Cabizbajos y mohínos
Su madre y yo nos fuimos
A nuestra casa deshecho
Al ver tanto desatino
En aquella pareja insólita
De unos mismos críos;
Pues personas mayores
No parecían,
Al no tener ese tino
Para llevar su casa
Con nobleza
Y buen camino.
Aquella noche no dormimos
Su madre y yo por ahora
Al sentirnos
Que algo nos aprisionaba
El pecho,
Con un agobio infinito;
Al sentir a nuestro hijo
Como si fuese un crío,
Un pelele consentido
En mano de esa mujer
Que está amparada en él.
No sabíamos, no podíamos
Saber de qué manera
Podíamos a él ofrecer

Nuestra ayuda sempiterna
Para salvarle de las garras
De esa mujer.
No podíamos, no sabíamos
Cómo lo íbamos hacer,
El salvar a nuestro hijo
De un desastre fetén.
No podíamos decírselo
Para no dañarle más
Que le dañaba esa mujer
Al verse al pié que está
De nuestro hijo querido,
Sin poderlo remediar
Ese sufrimiento altivo
Que el chico va a tardar
En comprender
El pobre
Lo que le va a pasar.
Esperamos sin aliento
Ese día que va a llegar,
Cuando nos venga el hijo
Llorando con ansiedad,
Por no ver claro
En esta vida
Eso que le ha pasado ya.
Despertaba, despertamos
Todos los días asustados,
Por no saber que le pasaba

A nuestro hijo enamorado.
Enamorado de esa mujer,
Que el tiempo la ha rechazado
Por volverse ella vieja,
Ya que parecía mayor
Que era en esos días
De gloria y de placer
Para ella en su vida,
Junta con nuestro hijo:
Vaya si pude creer,
Que el Mundo era suyo,
Sin que se pueda hacer
Los cargos que yo me hago
En un triste amanecer.
Le vi llegar a mi hijo
Por la ventana a través
De los visillos la alcoba
Llamando a mi mujer,
Que estaba ella dormida
Con sueño de atardecer.
Nos quedamos ella y yo
Mirando por la ventana,
Para ver qué hacia
Nuestro hijo cerca la casa.
Una vuelta y otra vuelta
Estaba dando ya él,
A la casa de sus padres
Con alguna idea que no sé

Cual sería esa idea:
Si entrar o dejar entrar
En su casa por ahora;
Sin saber qué le rondaba
En su cabeza también.
Quisimos bajar al portal,
Su madre y yo
Corriendo;
Pero la tuve que agarrar
Del brazo, porque me siento
Engañado por el chico
Que tuve yo con ella.
Ese niño desobediente,
Con tristeza y poca fe
En nuestras creencias religiosas;
De portarse bien con sus padres,
Pues lo mandan
Las Sagradas Escrituras:
Honrar padre y madre.
¡Vaya usted a saber!,
Que le diría su conciencia
Con respecto a nuestro cariño,
Si aquella chica
No le dejaba
Pensar a él ya bien.
Por fin llamó al portero,
En el portal de su casa;
Por fin entró el resto

Sin decisión que le hablara
Yo de algo contencioso,
 Como era el querer
Que le teníamos a él;
 Su madre y yo
 Le queríamos,
Le queríamos a él ver
Dentro de nuestra casa
 Para poderle retener
En ella un par de horas,
 Pero no fue posible
 Al ver
Ese chico que sus padres
 Le querían retener.
Adviento y con primicias
 De un gran ser,
Que por ahora no había
 Dentro de su querer
 Esa decisión
 Que le dijera:
Quédate con tus padres,
 Ofréceles tu querer.
Aquella noche se quedó
 Mi hijo en mi casa
Y por la mañana temprano
 Su chica se presentó
Como una fiera dañada
 En todo su interior.

- ¿Qué hacen ustedes?,
Con mi chico;
¿Si es que se puede saber?:
Tan dócil y fiel
Que me ha sido
Hasta hoy con usted,
Su madre del corazón
Aconsejándole bien
Para que se quede con ella
Ya que no me puede ver.

Así vociferaba la chica,
A voces y con desdén
Hacia mi mujer querida,
Por su hijo y por mí;
Ya que estaba dolida
Al dejarla a ella así,
Sin ninguna nota
Que dijese:
Vaya usted a saber,
Si yo quiero a mis padres
Más que a ti te querré.
Se increpaba esa chica,
Por ella comprender
Que mi hijo era fiel
A sus padres, así es.
Se le llevó enseguida

A mi hijo a su casa
Como si fuese un pelele
De trapo, él la seguía.
La seguía por la calle
Como un perro faldero,
Que me perdone el apelativo
Que ahora mismo le he puesto.
Ni miraba para atrás,
Ni movía él un dedo;
No se atrevía hablar
Ni una palabra de empeño.
Al pronto desaparecía
La figura de mi hijo,
Cuando doblaron la esquina
Del brazo ya consentido.
¿Qué habría?, ¿qué habría?,
Entre esa chica y mi hijo;
Si yo ya no sabía
Lo que habría, lo que habría
Entre ella y mi hijo.
Se quedó sola su madre,
Me quedé solo con Dios;
Para bañarme en lágrimas,
En lágrimas de redentor.
Me fui solo a mi cuarto
Para que no me viese su madre,
Que estaba llorando,
Llorando a mares

En mi cuarto, con azares.
Me sequé las lágrimas enseguida
Saliendo de mi habitación,
Para que en sí su madre
No viese tanta oración;
Como la que estaba teniendo
En esa hora de amor,
Hacia mi hijo querido,
Querido de corazón.
Así aplacaba el sudor
Que en aquella hora me entraba,
Me entraba, que sí señor.
Me entraba algo en mi cuerpo,
Que no me dejaba vivir;
Me entraba,
No sé qué me entraba
Que no podía existir
Ese pensamiento mío
Por más que pueda decir:
Ese chico me quiere
Y quiere, también, a su madre:
¡Vaya si yo lo sé! .
Haber si se puede perder,
Mi hijo querido del Alma,
Perder con esa mujer;
Que hasta ahora le ha llevado
A su modo y manera,
Como se lleva a un niño

En su pecho, más que bien.
No nos conformamos nosotros,
Su madre y yo por supuesto;
Que al otro día marchamos
A su casa rauda presto,
Para a ella suplicarla
Nos dejase ver
A nuestro hijo
Un momento en aquella hora.
Aquello fue nuestra perdición,
El suplicar aquella mujer;
Pues ella en sí se creció
Más que la torre eiffel.
Echaba ella por su boca
Sapos, lagartos y culebras;
Sin ir ella recta
En las palabras tan feas
Que nos dijo
Aquella tarde,
Dentro su casa, de miel.
Rodeaba en las palabras
Para no herirnos de ganas;
Así que no podíamos enfadarnos
Con ella por más que decía,
Y decía; Vaya que decía
Cosas para enfadarnos.
Pero como en sí las torcía
No podíamos saber;

Si con ella nos decía
Alguna cosa mal dicha.
Sus palabras ella median,
Pero sus palabras decía
Lo que ella buenamente quería;
Que nosotros escucháramos
De su lengua viperina,
Aquello que nos decía.
Salimos de allí corriendo,
Su madre y yo sin fe,
En lo que estábamos creyendo
Fuese cosa de una vez,
Se quebrase esa amistad
Entre mi hijo
Y esa mujer.
Llegamos a nuestra casa
Más que asustados, después
Que el niño no salió
A despedirnos, amén.
Qué ingrata que es la vida
En algunas ocasiones,
Qué pago que te da
En cuanto la vulvas la espalda;
No se pude remediar
Esa ingratitud que tiene
Para uno de verdad,
Esa vida que tú vives
Dentro de la sociedad,

Un día que a ti te da
De lleno esa ingratitud
Con la que te puedes encontrar.
Dormimos, medio dormimos
Su madre y yo
Aquella noche,
Dormimos por compasión.
A penas hablamos nada,
A penas se nos oyó respirar;
Pues entrecortado el aliento
Tuvimos su madre y yo,
Pensando que a nuestro hijo
No le tendríamos jamás.
¿Qué camino cogeríamos?,
Si perdido le teníamos
Al niño de nuestras entretelas,
Al hijo del corazón;
Para poderle atraer
A nuestra casa de amor.
Tuvimos noticias de él;
Nuestro hijo nos decía
Que quería comprar
Un coche de un taller,
Pues era barato el automóvil
Que le vendían a él.
Me fui yo al taller,
Viendo en aquel coche
Que le querían vender;

Que no tenía fuerzas
Para salir a la carretera,
Ni para subir una cuesta.
Echaba mucho humo
Por el tubo de escape,
Y hasta echaba también
Como pelotitas metálicas
De lo viejo que es.
No quemaba bien el aceite,
Oliendo por dentro a el,
Y hasta a gasolina olía
Dentro de su interior
Por no decir algo más
Que le pasase al motor.

- ¿Esto es lo que tú quieres comprar?.

- Lo deseo con toda mi Alma.

- ¿Y a dónde quieres llegar?,

Con este coche destartado.

- Le veo yo superior.

- Como no sea el chasis

Que está medio regular;

Porque lo otro tú me dirás

Que se aprovecha de el,

De ese coche roto y sucio,

Viejo y sin saber lo que hacer

Con ese coche que para el desguace

No vale ni tan siquiera.

- ¡Papá!

- Hijo: ¿Es que no lo ves?,

Lo que vale ese coche

Y para qué vale después

Que tú le hayas sacado

De este hermoso taller?.

-. Ni esto me quieres comprar.

Se dio media vuelta mi hijo

Saliendo de aquel taller,

Más que andando, volando,

Salía de aquel taller.

Me quedé solo con el dueño,

Con el dueño del taller;

Diciéndole alguna cosa

Que me pudo comprender:

Lleve ese coche al desguace

Y no intente vender

Una castaña a nadie,

Ya que pude tener

En su conciencia un desaire

Por quererle vender

Ese coche destartado,

Que no anda ni arranca

Como fuese deseado

Por la persona que le agencia

En su mismo taller.

Sirva usted con agrado

A su clientela tan fiel,
Como veo que en sí tiene;
Tiene usted en su taller.
Salí despacio al tiempo
Que aquel señor me miraba
Con cara de asustado
Por ver que yo le decía
La cosa cómo es.
Salí despacio a la calle,
Recreándome en ella
Por lo bien que me había portado
Al defender a mi hijo
Del dueño de aquel taller.
Salí despacio en aquella hora
Que me roía por dentro
Alguna cosa que fuese,
No saber, no saber
Por qué me había retenido
En aquel malogrado taller.
Con todo y eso no me quedé
Tranquilo y fui a ver a mi hijo
A su casa, como fiel
Amigo y padre
Que me tenía también;
Para ayudarle en la vida,
No fuese a desfallecer.
Llamé; me abrió él
Con cara de desesperado

Por no saberse contener
En ese impulso que mata,
Que mata a ese ser
Que no se cree nada
Le pueda a él pasar
Por ser grande en éste Mundo,
Por ser su Alma inmortal.
Así se lo creen los chicos
Que no piensan en los demás;
Así se creía él
Que podía recibir
Alguna bofetada sin poder sufrir
Por ello, creyéndose
Que era grande
Y poderoso en la vida.
Sufrió; claro que sufrió,
Sufrió como ninguno
Aquel revés en la vida
Que le brindó su destino,
Al no haberle yo comprado
Ese coche que no andaba,
Para el desguace supino.
Me fui a casa despacio,
Contando las baldosas
Que pisaba en la calle;
Me fui con mi pensamiento
Agobiado y tan solo,
Que yo en sí no podía

Respirar aquella atmósfera.
Su madre me lo notó
Que llegaba serio a casa,
Su madre me informó
De la llamada mi hijo:
La hizo una llamada
Por teléfono el susodicho,
Alertándola de mi desinterés
Para comprarle un coche
Que yo le fui a ver,
No gustándome nada el coche,
A mi casa me marché.
Yo también la expliqué,
Que dicho coche no era
Para conducirlo en carretera;
Pues le faltaban las fuerzas
Y hasta la misma marcha
No entraba para atrás
Ni tan siquiera.
Su madre desesperada
Me decía que callase,
Que la estaba liando
Mientras más hablaba yo.
No sabía qué decirle,
Cuando yo me acordé
Que ese coche estaría
Todavía en el taller.
La invité para ir al mecánico

Que me lo quería vender,
La invité de buenas formas
Y no me quiso entender.
Por fin la llevé al taller,
Viendo ella la realidad
De ese coche destartado,
Que no servía para circular
Por ninguna vía de al lado.

- ¿Y para qué lo quería?,
Nuestro hijo este coche.
- Para ir a la facultad
Montadito todo en el.

Nombré la palabra clave,
Dije la facultad:
¿Cómo iría nuestro hijo?,
En sus estudios, qué tal.
Sin decir nada a su madre
Me presenté en la facultad,
Yo un día soleado
Preguntando a los demás
Chicos de su clase:
Cómo iba mi hijo,
Respondiéndome airados
Esos chicos con desdén,
Que a mi hijo no le conocían
Por haberle visto un día,

El primer día de apertura
De las clases, ese día.
Me fui apenado a casa,
Contándoselo a su madre
Y ella a mí me respondía
Con cara de desaliento;
Que había hecho mal
Al preguntar por su hijo,
Creyendo fuese solamente de ella
El hijo de sus entrañas,
Pues se encaraba conmigo.
Sino pregunto es malo,
Si pregunto también:
¡Por Dios!;
¿Qué es lo que tengo que hacer?:
Eso quisiera saber,
Si callarme o hablar
De nuestro hijo, más bien.
Salí a la calle con impulso,
Con ese grado de nerviosismo
Con el que no se puede andar
Por las calles sin pensar
Si vas a pasar al otro lado
De la acera donde estás.
Un pitido muy fuerte
Oí cerca de mí,
Seguido de un empujón
El que me hizo caer

Al suelo rodando mi cuerpo,
Con moratones a cien,
Me vi en aquella hora
Por no centrarme siquiera
En lo que hacían también.
Cojeaba un poquito,
Pero a casa yo llegué
Recto cual chico listo,
Para que no me viese su madre
Cojear, tal como me fue.
Al siguiente día no pude
Disimular yo mi dolor;
Pues tenía moratones
En todo el cuerpo, señor.
Su madre se puso nerviosa
Al verme de esa manera,
Preguntándome las causas
Del estado de mi cuerpo.
Yo la dije que me había caído
En una calle cualquiera,
Ella no se lo ha creído
Para nada, ni siquiera.
La tuve que decir la verdad:
Que aquellos moratones eran
Por no haberme centrado
En mi paseo aquella mañana,
Que salí sin yo pensar.
Me intentó curar

Con mucho cariño,
Me besaba las heridas,
Pequeñas que yo tenía;
Y hasta me quiso lavar
Todo el cuerpo enseguida
Para que corriese la sangre
En mis venas ateridas
Por el dolor que sufrían.
Muy pronto yo me curé
De mi dolor en mi cuerpo,
Muy pronto retomé la fe
Creyendo en algo bueno.
Creí en mi hijo altivo,
Creí en su honradez
Como en ninguno
He creído.
Tanto creí en él,
En mi hijo de mi Alma
Que a poco yo le divisé
En casa llorando a mares.
Tenía que suceder,
Tarde o temprano
Que volviese a mi casa
Con un triste desengaño.
Ayer, anteayer se fue
De mi casa ese hijo,
Hoy vuelve después
Que su novia le haya dicho,

Que tenía otro chico.
Tenía que suceder;
Y sucedió de temprano
Aquel día que mi hijo
A mi casa se haya ido.
Llegó como anonadado
Como si él no viviese
En éste Mundo sagrado,
De virtudes y de hechos.
Entonces fue cuando supimos,
Su madre y yo enseguida
Que de primero
No había pasado
Mi hijo en la carrera:
¡Si es que no había estudiado! .
Retomamos sus estudios,
Y aunque faltaba ya poco
Para los exámenes finales
Aprobó algunas asignaturas
Por el empeño que puso.
Había alguna plataforma
Para poderse acoger,
Había algún aprobado
Para quitarse al otro año
De esa materia
Y redoblar los esfuerzos
En las otras disciplinas
Que le incumbían a él.

¡Qué había, Dios, qué había!

Si se puede saber:

Había estudiado mi hijo

Algunos días después

Que llegase a mi casa,

Sin poder él retener

Esos nervios que le mataban

Por verse abandonado

De su chica enamorada.

Un mes con uno

Y otro mes con otro;

Así rezaba, rezaba

Ese dicho por la ciudad,

Entre la juventud amañada

Para poderse amar.

Mi niño levantó cabeza

Cuando empezó sus estudios,

Mi niño estudiaba de veras

Con esfuerzos y suplicio,

Al igual que la mayoría

De los jóvenes estudian

Cuando no tienen cerebro;

Pero se sacan las asignaturas

A base de codo y estudio.

Se sacó él el curso,

Empezando el segundo

Año de su carrera

Estando entre nosotros,

Se sacó él el curso.
¿Qué debía yo decirle?,
A mi hijo muy querido;
Si había estudiado,
Estudiando como ninguno.
¿Qué le dije?, ¡qué le dije!:
Así se forja un hombre
Derecho a su futuro,
Así se forma un hombre
Para ir a su destino.
Esa morada altiva
Que le hace respirar
A ese hombre tranquilo,
Cuando ve que va a sacar
La carrera que le gusta.
Le arreglamos a él el cuarto,
Le pusimos ventanales
Nuevos, e insonorizados
Para que los ruidos no oyesen
Y en sí pudiese
Estudiar él más contento.
En segundo ya estudiaba,
Estudiaba ya mi hijo;
Salía los sábados a recrearse
Con los otros chicos.
Una noche me llegó
Triste y como pensativo,
Una mañana amaneció

Con las ojeras enormes:

¿Qué le había pasado al hombre?:

Sería cosa de pensarlo,

Pues él no soltaba prenda,

No decía nada de ello.

No enteraba a su madre,

Ni tampoco a mí

Eso que a él le pasaba

Dentro de su interior.

Un día que yo le hablaba

A mi hijo de esa chica,

Él con rabia se levantó

Del sofá dando un salto

Para poderme hablar

De ella como quería.

Supe que no era virgen,

Que ya tenía un niño;

Supe que estaba caída

Con su Alma dolorida

Ante la sociedad,

Y la sociedad la hacía

De menos ante la vida.

Mi hijo, él la quería;

Yo no podía decir nada;

Puesto que si él la quería,

Yo la aceptaba de buena gana.

¿Qué más podía hacer?,

Hacer yo por mi hijo;

Si lo primero es querer,
Lo que quiere en sí mi hijo.
Yo tenía que comprender
Si era en sí cariño,
Lo que la tenía mi hijo
A esa chica conocida,
Conocida ya por él.
Para eso le invité
A que me acompañase un día
Para ver un partido de fútbol,
Un clásico como no había.
Primero se lo pedía
Por favor y por su vida;
Más tarde me hice valer,
Tocándole las fibras del corazón
Al decirle que soy su padre.
¿Si es que se puede saber?,
Qué ha pensado él;
Dejando a su padre solo,
Solo y sin saber
Si me corroe algo dentro
Al verme desamparado,
Desamparado por él.
Cedió para ir conmigo
Al fútbol ese día,
Cedió, no lo hubiese querido yo
Al ver así a mi hijo:
Triste y moviéndose en su asiento,

Sin tomar parecer del fútbol.

Así no le quiero yo

Ver tan triste a mi hijo;

Fallé en aquella ocasión

Al obligarle a ir

Conmigo al fútbol.

Se veía que la quería,

Que no la olvidaba a ella

Mi hijo en sí se veía

Que estaba por su persona.

Al salir yo le hablaba

De algunos instantes del encuentro,

En donde se consultaba

Los goles uno con otros;

Pero al decirle yo,

Que el segundo gol era orsay,

Él de hombro se encogió,

Dándome la sensación

De que el fútbol no había visto.

Por la noche le vi estudiar

En su cuarto él metido,

Le observaba qué hacía

Con los cuadernos floridos;

Esos papeles que tenía

Encima de su escritorio.

Le vi, que no era poco

Estudiar él con ahínco,

Para poder saber

Al otro día las lecciones:
Esas materias que comprende
Sus estudios como puede.
Hasta altas horas de la noche
Yo le observé estudiando;
Parecía que había cogido
Conciencia para hacerlo,
Parecía, parecía que tenía ganas
Para que le viese esa chica
Hecho él un señor.
Ese orgullo que llevaba
Dentro de su corazón,
Le estaba haciendo sacar
Las asignaturas por amor.
Pero con todo y eso,
Andaba como un sonámbulo
Por la calle éste hijo,
Dándome a mí una pena
Infinita en mi Alma.
Poco a poco él estudiaba
Como para sacar el curso
Hacia delante en su carrera,
Estudiaba el chico.
Un día que él quería
Ir a un teatro,
Me marché yo con él
En platea diferido,
Vimos aquel teatro;

Sin aliento ni suspiro.
Veía yo que mi hijo
Le estaba a él gustando
Mucho la literatura,
Veía yo en él esa vivencia
Del que lee libros a montones
Porque le gusta a él.
Estaba satisfecho con el chico,
Mi mujer también estaba;
Y hasta las vecinas hablaban
Lo mucho que había cambiando
Mi hijo en poco tiempo.
Era así, que se estaba terminando
El curso en su carrera,
Ese segundo año
En la facultad de ciencias.
¿No sé si sería buen estudiante?;
Por lo menos él sacó
El curso hacia delante
Para matricularse en tercero.
El Alma se me salía
De la caja torácica,
El aliento retenía
Como queriendo saber,
Qué le depararía
Esa vida a él.
Era pronto para saberlo
Si mi niño él haría

Su carrera en poco tiempo;
Era pronto para verlo,
Ya que todavía faltaban
Algunos años para ello.
Ya se peinaba el chico
Como un joven maduro,
Ya se lavaba la cara
Con jabón y un spray
Cuando él se afeitaba.
Tenía crema y pomadas
Para todo en cuestión,
Tenía: ¿Qué era lo que no tenía?,
Si lo puedo decir yo.
Por tener, tenía de todo
Dentro su habitación;
Y hasta en el mismo lavabo
Tenía lo más caro del comercio
En cremas y polvos caros.
Él salía todos los días
Como un barón Dandy,
De esos que ellos decían:
Aquí estoy para romper
Corazones a las niñas.
Qué encanto de chico era
Mi niño bien deseado
Por las niñas de su clase,
Al ser bien tratado
Por esas mismas damiselas

Que el tiempo le ha dado.
El curso hubo pasado,
Con una sola asignatura
Que había cateado,
En aquel año ficticio
De desaire y amargo
Para mi niño bonito;
Como era su persona,
Y su persona tenía
Esa gracia en su sitio.
Verano indefinido,
Esencia supina de néctar,
Ese trago absorbente
Que mi niño ha tomado.
Esa hora tan supina
En la arena de la playa,
Todo el verano corriendo,
Mi niño ha pasado
En la playa de aquel pueblo
Donde estábamos instalados.
De vez en cuando estudiaba
La asignatura cateada;
Yo en sí le obligaba
Para que él estudiara.
Le tomaba la lección
De memoria a mi chico,
En el último tramo del verano,
En la playa, su destino

Estaba forjándose mi niño.
Pasó ya el verano
Y con el todo el juego
Que mi chico pudo hacer
En la arena, él puesto.
Se examinó y aprobó
La asignatura cateada,
Se examinó y probó
Ese suave néctar
De confianza supina,
Como tiene la persona
Cuando se siente ella
Agraciada por la sociedad,
La sociedad que le rodea.
¡Qué grande que es el misterio!,
Siempre que a él se acerca
Esa persona altiva;
Sin trabas ni apariencias
De formar algún misterio
Dentro de su misma conciencia.
Esencia pura de nardo
Que huele el que triunfa
En la vida, su vida,
Sin ningún contratiempo.
Mi niño también se siente
Alegre oliendo a nardo
En esta vida dichosa,
Por haber él aprobado

El curso que ha dado.
Le vi aquel verano
Con una chica paseando
Por las calles de la ciudad
Encantada y preciosa,
Como era esa gran urbe;
Esa mole de gentes
Andando por sus aceras.
Mi niño iba ufano,
Hablando con esa chica
A menos de medio metro;
La estaba cogiendo de las manos.
Me sentí yo superior,
Al ver así a mi hijo;
Me sentí yo el mejor
De los mortales
Conmigo mismo.
Me fui a casa solito,
Sin que nadie me hablase;
Me fui a casa en un hito
Entrándome yo en ella
Para sentarme en el sillón
Leyendo el periódico,
Tan despacito
Que parecía algo nuevo
Mi vida dentro de mí.
Parecía que sentía
Algo en mi interior;

Que algo en sí decía:
Me estoy muriendo de amor.
Y era que en sí moría
De complacencia y temor
Por si acaso algún día
Esa paz terminaría
Dentro mi casa,
Mi amor.
¿Qué era lo que decía?,
Ese hado superior
Al hablarme en secreto;
¡Vaya por Dios!, ¡por Dios! .
Tal vez era que tenía
Una cosa en mi interior,
Que me hablaba y decía:
Ten cuidado con tu amor.
Tenía ella razón,
Esa cosa que me hablaba;
Me hablaba en mi interior,
Al decirme: Que tuviese
Cuidado con mi amor.
A pocos días yo vi
Que mi hijo se juntaba
Con chicos que para mí
No eran bien venidos
Para la amistad de mi hijo,
Y mi hijo iba contento
Con esos desarrapados chicos,

Con los que él iba.
¿Pero qué es eso que vi?;
Si yo no había visto
Nunca a mi hijo fumar;
Ahora fumaba con placer,
Teniendo los ojos rojos
Y la mirada perdida.
Le cogí de un brazo a mi hijo
Separándole de allí,
De aquellos cuatro chicos,
Que estaban riéndose con postín
De mi hijo medio mareado,
Por lo que él fumaba:
Le separé yo de allí.
Me le llevé a mi casa
Poniéndole bajo la ducha,
Para que él respondiese
Como persona culta.
Antes que llegase su madre,
Le senté yo en el sillón
En el salón de la casa;
Hablándole con buen amor.

- ¿Te parece bonito?,
Llegar como has llegado.
Nunca se debe perder
La compostura y el agrado
Para con las demás personas

Que te rodean a tu paso.

- Tengo que hacer lo que hacen

Todos los chicos;

Yo me junto con ellos

Y ellos hacen algunas cosas

Que los mayores no comprendéis.

- Ni comprendemos, ni queremos;

No podemos comprenderlas

Por mucho que las apoyéis;

Esas cosas no se comprenden

Aunque mil años vivamos

Todos en ésta Tierra,

De desastres y de lodos.

Aunque hay parte de la sociedad

Portándose bien entre ellos,

Al cumplir las normas humanas

Que nos atan al misterio.

Cabizbajo y nervioso

Se fue mi hijo a la cama;

Pues si yo le hubiese visto

Alegre y vivaracho;

No le dejaría irse

A descansar al muchacho.

Por la mañana temprano

Se levantó el intercepto

Dándome un beso
En las mejillas,
Beso de amor, por supuesto.
No pensaba yo que fuese
Ese beso el de Judas;
Que por mucho que a ti te quiera.
Mucho más te traiciona el joven.
No lo pensé por supuesto
Que fuese en sí ese beso
El de Judas por la mañana,
Que me dio mi hijo corriendo.
Salió de prisa a la calle,
Salió como espantado;
Sin saber lo que hacía,
Apenas hubo desayunado.
No pasó media hora
Cuando me vinieron a decir,
Que a mi hijo le habían visto
Cerca de allí sufrir.
¿Qué sería aquello?, ¡Dios!
Eso que me entró a mí,
En todo mi cuerpo por dentro
Que no me dejaba vivir.
Ese fuego que notaba
Dentro de mí ser, ardiendo
Tenía yo mis tripas
Y mi cerebro desierto,
Por no pensar en nada;

No podía yo pensar,
Ni podía concentrarme
En algo familiar,
Como era en mi hijo
Que a voces me llamaba
Al verse él muy mal.
Le habían pegado una paliza
Una banda de mafiosos
Por no pagar a tiempo
La papelilla tomada
En la tarde anterior,
Cuando yo le vi andar
De un lado al otro.
Estaba extenuado,
Estaba él sin fuerzas
Para poderse mover
Por su misma cuenta.
Como pude me le llevé
A casa para curarlo;
Pues se veía que eran
Moratones de cuidados,
Pero no para tener
Que ir con él al sanitario.
No quería yo que saliese
Mi hijo de esa guisa,
No quería pero salió
Al siguiente día.
Yo me quedé extrañado

De la prisa que se daba,
 Mi hijo para salir,
Para salir de su casa.
 Yo no le dije nada;
Solamente hice seguirle
Vía a través por las calles,
 Solamente le seguía
Para ver dónde llegase
 Ese día mi niño,
Mi hijo del corazón;
 Esa criatura divina
Como ha parido su madre
Un buen día de alumbramiento
En un hospital, la divina.
 Qué raro donde fue,
Qué raro donde se metió
 Mi hijo aquella tarde,
 Nidito de amor
Parecía aquel portal
Destartalado y viejo,
En ese barrio apartado
Del centro de la ciudad.
Esperé yo a que saliese
 Mi hijo de algún piso,
 Que él había ido
Para no sé con qué fin;
 Si para ver a alguien,
O para quedar con una princesa

De esas que suenan fuertes
En esos barrios de amor.
Me estaba cansando yo
De esperar a mi hijo
Enfrente de aquel portal,
Metido en un soportal,
Me estaba cansando yo
Cuando salió de el mi hijo,
De ese portal maltrecho
Con la cara blanca
Y los ojos colorados
Cual pimienta morrón.
Me fui derecho a mi hijo,
No lo debía haber hecho;
Pues él no me conocía
Algunas veces en trecho,
Otras querían conocerme
Como a su amigo estrecho,
Que no le dejaba hacer
Lo que él quería
En éste Mundo de placer.
De placer para él
Y para ellos sus amigos,
Que para mí era pena
Ése Mundo tan supino.
No lo supe hacer
Al ponerme yo nervioso,
No supe cómo actuar

En ese momento gracioso,
En el que mi hijo está
Flotando en las nubes,
En esa atmósfera boreal
Del humo de cocaína.
¡Qué gracioso era el tío!,
En esa hora divina
Para su cerebro inmortal;
Creyendo que podía hablarme
Como se habla a un amigo,
Que hace tiempo no le ve.
A veces recapacitaba,
Mi hijo querido del Alma;
A veces él me hablaba
Como me habla el siempre:
Hablaban él a su padre.
A duras penas que pude
Me le llevé a mi casa,
Para darle alguna sustancia
Que le despejase un poco;
Pero cuando le quise dar café
Su madre me lo prohibió,
Diciendo algo así:
Que era sustancia prohibida
Para acelerar los nervios,
Que bajase a la farmacia
A mercar algún remedio.
Subí, no sé con qué subí

Al piso en poco tiempo
Portaba alguna esencia
Que el mancebo me había puesto
En un tarro que tenía,
Para su buen remedio
De mi hijo, ese hijo;
Ese hijo que yo tengo.
Medio se despejó,
En su cama está tumbado
Todo lo largo que era
Diciendo cosas incoherentes
A su madre y a mí mismo.
En un par de hora,
Que estuvo él acostado
En su cama, él muy quieto.
Como tropezando con los muebles
Se sentó en un sillón
Sin decir una palabra.
Yo, que quería hablarle,
No le dije a él nada,
Sobre su comportamiento
No me iba a entender;
Para qué iba yo hablarle
A mi hijo de mi Alma,
Si aquello que le dijese
Iba a caer en nada,
Por lo aturdido que estaba.
No me parecía mí hijo

Ese chico, que allí estaba.
Parecía otro chico,
Otro niño que no el mío,
En una sola palabra:
Parecía que se encontraba
Como ausente de su casa,
Que estaba en otro sitio,
Con los amigos estaba.
Abría la boca sin ganas,
Bostezaba, bostezaba
El solito
Con esa triste añoranza
Del que está en casa metido
Y no se encuentra con nada
Que a él le interese,
Para pasar él el tiempo
En la calle de su casa.
Se despejó ya muy tarde,
Mi hijo quería salir
Para ver a sus amigos
Que le esperaban allí;
En ese sitio quedado
En esa misma mañana.
¡Qué le iba a dejar salir!;
Si el tiempo me decía
Que estabas bien guardado allí,
En su casa ya mi niño,
Y no le dejaba salir

Para visitar a sus amigos.
A la mañana siguiente
Marchó él a la calle,
Creí yo que así lo hiciese;
Pero la verdad del cuento
Fue que marchó
A la facultad imponente
Para formalizar la matrícula
En tercero de carrera.
Pude darme cuenta
Que quería estudiar;
Pero en sí no le dejaba
Ese grado en que él está,
Metido en las drogas
Y sin vista de salir
De ese escollo de postín.
Me alegré al saber
Que mi niño
Había formalizado
La matrícula en tercero
De carrera en su sitio;
En esa facultad que estaba
Forjando su destino.
Me alegré y se lo comuniqué,
Que estaba dichoso de él
Por querer estudiar
Y hacerse un hombre de provecho
En esta vida que está.

No quiso hablarme nada,
No me habló tan siquiera
De si tenía ilusión,
En su mente derrochara
Esa alegría mayor
Que un hombre tiene en su Alma.

¡Qué me pasaba, señor!;
Dentro de mí, en mi Alma,
Si en sí todo mi cuerpo
Estaba sudando a mares
Por las fuerzas empleadas,
Aquella mañana que supe;

Se había matriculado
Sin decir una palabra.

¡En tercero!; vaya tino
Que tenía el muchacho,
Ese chico en su cuerpo,
En su cerebro metido;

Para ir él solito

A matricularse en el curso

Que tendría que asistir

El año venidero.

Algo, era ya algo

Ese impulso que tomaba

Mi niño, querido del Alma:

Algo, era ya algo

Que tomase esa calma

En su Espíritu infinito,

Como dicen las Sagradas
Escritura, con esa calma
Que entra cuando se leen
Sin pasarlas
De tres en tres;
Pues de una en una
Hay que leer
Para que te entren en la cabeza,
Y luego poder hacer
Lo que te dicen en ellas.
Escrituras que nos enseñaron
A los mayores
Nuestros padres,
Hasta el mismo cura enseñó,
Según nuestro obispos,
Esas Escrituras Santas.
Estaba dispuesto para hablarle
A mi hijo de mi Alma,
Cuando llegó a casa
Aquella misma mañana,
Con la matricula bajo el brazo
Y el Espíritu elevado,
El sentimiento perdido
En la inmensidad de los tiempo;
Por tener que estudiar
Para ser él algo
En esta vida marchita,
En éste Mundo de agrado.

Sería alguien, si acaso
Estudiaba con ahínco
Para ganar su dinero
En la carrera estudiada.
Un día no valió de nada
Los consejos que yo le daba,
Pues me vinieron a llamar
Los amigos con constancia;
Apremiaba en sí el tiempo
Para marchar a su lado,
Y a su lado yo estaba
A pocos minutos de llamarme
Sus amigos de la infancia.
Estaba tirado en la calle,
Sin conocimiento estaba;
Se encontraba él borracho
Oliendo a etílico,
Ese alcohol que embriaga.
Para que su madre
No se pusiese nerviosa
Resistí yo en la calle
Con mi hijo esperándole
A que se le pasase el mareo
Que tenía él antes.
Eso tuvo que hacer sus amigos,
Esperar y no llamarme
Para que su madre
No se pusiera nerviosa,

Al saber que algo pasaba,
Pasaba a su querido hijo.
Eso tuvo que hacer sus amigos,
Esperar a que le pasase
Ese mareo infinito
Que entra con el alcohol,
Cuando mucho se ha tomado.
Me le llevé a mi casa,
A mi hijo de mi Alma;
Dándole un café
Bien cargado y con ansias
Para que él se despejase
De ese agobio en que estaba
Sumido todo él,
En un profundo pesar
Cuando se hubo espabilado.
Sentía me había fallado,
Sentía no le creería nunca más
Por haberse comportado
Como un crío conmigo;
Sentía que no le creería
Como en otro tiempo de antaño.
Yo vi que el buscaba
Algo por su cuarto,
Al preguntarle fallaba
Su intelecto y su conciencia;
Casi me dijo llorando,
Que no sabía donde estaban

Sus libros que había estudiado
Ese día en la facultad,
Con ahínco y con agrado.
Salí raudo a la calle
Buscando a sus amigos
Y cuando los encontré
No sabían darme paradero
De los libros de mi hijo.
Me fui donde le había encontrado
Y allí pude ver unos apuntes de él
Esparcidos por la acera:
Estaban pisoteados.
Busqué y seguí buscando
Por todos aquellos contornos
De la calle que le había encontrado
A mi hijo todo tumbado
En la acera por no poder
Moverse ni levantarse de allí.
Hasta que en una papelera
Pude ver sus libros,
Deshojados y maltrechos:
¡UF!, cuando los llevé a casa
Para entregárselos,
No quiero yo ni narrar
Lo que él decía de sus amigos;
De esos amigos malvados.
No volvería más
A juntarse con ellos,

No volvería a estar
Juntos en una fiesta;
Pues se habían portado
Como críos por supuesto.
No había manera de consolarle,
A mi hijo de mi Alma;
No había manera de hablarle
Para que él se calmara.
Sentí que se me habría las carnes,
Sentí un agobio entero
Dentro de mí, por supuesto;
Sintiendo se me derrumbaba
El Mundo a mis pies.
No sabía qué sería
De mi hijo desde ahora,
No sabía qué haría
Este hijo con su vida.
Pero al punto yo lo supe
Lo que hizo con su vida;
A pocos días me traía
Otra vez la misma chica
Que antaño a él le dejaría
Tirado como a una pavesa,
Sin contemplación en su vida.
Esto no podía suceder,
No estaba en sí sucediendo;
Ya que por ahora mi hijo
Había tomado remedio

Para que no se riesen de él
Sus amigos de la infancia.
Maltrecho y sin esperanza
Le vi yo a mi hijo:
Esa cara bonachona
Que siempre tenía riendo,
Ya no la tenía ese día
Que me trajo a la chica
A mi casa de por vida.
Me tuve que callar,
Aunque me hiqué las uñas
En el corazón
Para no decirle nada:
Que si aquello no podía
Ir bien en su vida,
Si aquella chica le dejaría
En poco tiempo por otro
Más apuesto y con dinero.
Tampoco su madre le dijo
Nada en especial,
No le dijo, no le dijo
Lo que hay que aguantar
Con esas cosas
De su hijo,
De su hijo, más que más.
Se marchó junto a la calle
Con esa chica perversa,
Para su madre y para mí

Por tener mal pensamiento;
Que a nosotros no nos la pegaba,
Que se la pegaba a nuestro hijo,
Esa chica poco enamorada.
Nos quedamos como quien ve
Visiones, su madre y yo;
Nos quedamos sin saber
Qué le pensaba a él,
A nuestro hijo de nuestra Alma.
Creo que no pensaría
Mi hijo en nada;
Pues si pensase en algo
Nuestro hijo marcharía
A su casa él solito.
No sólo que no marchó
A su casa ese hijo,
Que por cerebro tenía
El saber de un mosquito.
Se marchó con esa chica;
Dios sabe dónde iría
Con ella a esa hora,
No encontrando a sus amigos
En ninguna parte por cierto:
Estaban todos comiendo
En sus casas con sus padres,
Estaban ellos satisfechos
Por verse con su familia
En ese seno, en medio

De sus gentes muy queridas.
Yo no podía estar quieto
Metido en mí casa,
Yo no podía estarme
Sin saber dónde se encontraba
Mi hijo con esa chica.
Salí solo a la calle,
Mirando para todas las partes
De la vía donde estaba
Mi persona en todo instante.
No quería yo creérmelo,
Eso que me estaba pasando;
Pero al cabo del tiempo
Me lo tuve que creer
Sin ningún entendimiento.
Qué raro cuando yo vi
A la chica marchar sola,
Por una calle secundaria
Deprisa y como pensando
Bien donde iba
En aquella mala hora.
Se metió en un portal,
Mal cobijo por supuesto,
Se metió en un portal
Destartalado y puesto
Unas vigas como apuntalando
La entrada aquel centro.
Observé en su interior,

Asombrándome por ello;
De trecho en trecho había
Vigas sosteniendo la estructura,
Del edificio siniestro.
No lo pensé más:
Salí yo corriendo
Para alcanzar a la chica
En las escalera subiendo
Aquellos peldaños rotos
De madera carcomida.
¿Quién iba a vivir ahí? .
Sino fuese un malvado;
Puesto que ningún cristiano
Viviría en ese centro,
Derruido y siniestro.
¡Claro que la alcancé!;
Alcancé yo a la chica
Cuando estaba subiendo
Aquella escalera marchita,
De peldaños carcomidos
Y de maderas rotas.
La cogí, yo la cogí
De un brazo a la chica,
Dándola media vuelta
Para que bajase
Esas escaleras
Picada por la carcoma
Que la estaban destruyendo,

Ya que era de madera.
Bajamos sin nosotros saber
Que estábamos bajando,
Bajamos las escaleras
Y en ellas estaba sonando
Esas hiendas, esos trozos
De maderas descolgados,
Como tenía aquellos peldaños
De madera carcomidos
Por la carcoma de antaño.
No la pregunté nada,
Ni tan siquiera hablamos;
No nos dirigimos la palabra
Ni en la calle de abajo,
Cuando estábamos salvados
De esa escalera,
De esos rotos peldaños.
La chica se fue cabizbaja
Calle abajo, calle abajo;
Como teniendo vergüenza
En su cuerpo, ella metido,
Me fui a mi casa solo,
Pensando en lo que podía
Haber sido y no fue,
Me fui a mi casa triste
Por saber que ella iba
A comprar una papelilla
De éxtasis para creer

Que ella era grande
En medio de esta jungla,
Donde algunos mortales
Se hunden sin ellos saber
Por qué se hunden, se hunden
Hasta el cieno después
Que ellos hacen esfuerzos
Para salir de ese cieno,
Oliente y repugnante
Por no tener una mano
Que le saque de ese cieno.
Me parecía que mi niño
Se encontraba en el cieno
Sumergido y con asfixia,
Por no poder salir de ello,
De donde estaba metido
Mi hijo, con mucho empeño.
Cuando llegué a mi casa
Estaba allí, ya, mi hijo,
Estaba estudiando el chico
Una lección de moral
Para mí bien, consentido;
Como era ese hijo.
Aunque esfuerzos yo hacía
Para que no se me notara
El nerviosismo traído
En mi casa aquel día,

Parecía que me salía
Humo por las narices,
Asustándose mi mujer
Al verme con aquel nerviosismo;
Ya que no me podía estar
Quieto en mi butaca
Ni un momento, por nerviosismo.

Sonó el teléfono,
Pareciendo que corría
Mucho aquellas llamadas;
El timbre en sí decía,
Que le cogiésemos enseguida.
Le cogí yo el teléfono
Anunciándome que era para mi hijo

Esa llamada altiva,
Que se había recibido
Esa mañana en porfía.
Se puso en el mi hijo,
Cayéndose el auricular
Del teléfono de las manos,
Sufriendo un espasmo inmortal.

No sé qué trataría
Aquella llamada a mi hijo,
Si mi hijo él hacía
Gestos con las manos
Ayudado con la cabeza
De no estar conforme

Con lo que él oía.
Desesperación le entró,
Le entró un agobio a mi hijo
Que no podía respirar
Por más aire que yo le echaba
Con un abanico en su frente.
Algo malo a él le dijo
Esa persona que estaba
Al otro lado del teléfono,
Anunciándole a él algo
Que a él no le gustaba.
Dejó descolgado el teléfono,
Se marchó él a su cuarto,
Encerrándose con llave
Para no ser molestado.
A duras penas abría,
Abría él su cuarto
Para expresarse muy serio
De aquello que le diría
Esa voz al otro lado
Del teléfono, sin agrado.
Supimos qué cosa era
Lo que a él le amargaba;
Supimos que su chica
Por teléfono le anunciaba
El fin de sus relaciones
Por haber encontrado a otro,
Más apuesto y más simpático.

Un mes con uno
Y otro mes con otro;
Así era la cosa
En esos tiempos amargos
Para el que se enamora
De su chica sin pensarlo.
Un mes con uno
Y otro mes con otro;
Puede que sea así
Lo que ellos creían
Fuesen mejor para vivir
Sus vidas en un solo día.
Qué amargura, qué desaire
Se hacían,
Esos chicos en ese tiempo,
Tiempo de despedidas:
Que si a uno,
Que si al otro;
Que si ahora quiero a ese,
Ó quiero a esa
Por algo.
En sí no sabían
A quién querían;
Si tal vez sufriría
Aquella persona altiva
Por tu mala cabeza,
Al no quererla enseguida
Que tú vieses a otra persona

Dicharachera y más dispuesta

De por vida.

Mi niño se desvanecía

En un mal de abismo,

Se hundía él enseguida

Por no poder contener

Las lágrimas que le salían

De sus ojos vidriosos,

En un instante en porfía.

Le miraba y no podía

Contener yo mi furia,

Le miraba y no podía

Contener mi rabia metida

En todo mi ser, mi cuerpo,

Para poder saber

Qué le pasaba por dentro

A mi hijo de mi Alma,

A ese muchacho que tengo.

Sufría yo con él

Todo su agobio infinito,

Sufría por no poderle ver

Decaído en su vida.

Se fue a la facultad

En aquel día maltrecho,

Para su Alma mortal;

Se fue pensando en ello,

En ese revés que sufrió

El día anterior

Con la chica de sus sueños.
Se fue para no hablar nada
De lo que había pasado,
Pasado entre ellos.
Pero yo sabía muy bien
Lo que había pasado,
Por supuesto;
Sabía que mi hijo sufría
En sus carnes
Ese aliento
Maltrecho por los hechos,
De esa chica no agraciada,
Agraciada por supuesto.
No sabía qué decirle
A mi hijo al respecto;
No sabía qué hablarle
A él por cierto.
Pero cuando estuvo en casa
Por la noche con su empeño
De estudiar para olvidar
Ese revés que le ha puesto
Las tripas en la boca
Y el carácter abierto.
Le llamé yo al sofá,
Sentándose mi hijo querido,
Comencé hablarle en paz
Con su Espíritu fornido,
Curtido en mil batallas

De su amor afligido.

- ¿Por dónde tengo que empezar?,

Si es que lo sabes, hijo.

- Empiece como lo demás

Padres con sus hijos.

- Te diré que voy a empezar

Diciéndote una cosa:

Esa cosa habla ya

Por ella misma sola.

Te diré una palabra:

Templanza, seguida de otra

Que igual se da

Con esa fuerza avasalladora.

Esa palabra es:

Voluntad, para hacer

Ó deshacer

Lo que tú creas por cierto

Sea malo o bueno.

- Ya lo sé, padre,

Lo sé:

Sé qué me quiere decir usted

Con esas dos palabras

En mi oreja a esta hora;

Sé qué puedo yo hacer

Para comprender las palabras

Que usted me ha dicho

Con fuerzas,

Remachando esas palabras.

- ¿Entonces, qué piensas hacer?

- Caso a lo que usted me ha dicho,

Sin saltarme una palabra;

Para que no se me olvida

Esa lección que me ha dado.

Sería consejo o lección

Lo que yo le di

Aquel día;

Pero yo quería ver

Si han caído en tierra fértil,

Esas palabras le dije,

Le dije yo aquel día.

Quería ver si cumplía,

Mi hijo con lo que yo le decía

Aquel día a solas,

Sentados en el sofá;

Quería ver si cumplía,

Eso que yo le decía

Con entereza y bondad,

Firme en mis palabras,

Quería ver si era verdad

Lo había entendido él

Eso que yo le decía.

Por supuesto lo entendió,

Que dos días duró

Estudiando como nunca;

¡Vaya si era afición!,
Los estudios que traía.
De casa a la facultad
Y de la facultad a casa,
Sin pararse en ninguna parte
Que no le convenía,
Por recibir él reveses
En su grata vida.
Dos días estuvo estudiando
Mi hijo querido del Alma;
Dos días que no salía
Para nada a la calle,
Hasta que sonó el teléfono,
Y como estaba él más cercano
Le cogió y habló con alguien
Que no le convino
Seguir hablando con esa persona
Que había llamado al teléfono
En aquella hora de estudios.
Mi niño se puso triste,
Sabiendo yo de quien se trataba
Esa llamada furtiva,
Furtiva su corazón
En esos momentos amargos
Como mi hijo padeció,
Al oír aquella voz.
Le vi tan decaído
A mi hijo querido,

Que no tuve por menos
Que hablarle al consentido.

- . ¿Crees en algo?,

Tú hijo.

- . Creo en lo que oigo.

- . ¿Qué oyes? .

- . Oigo al cura decir,

Que existe algo que sí;

Y a usted, padre,

Le oigo decir,

Que hay algo más superior

Al hombre en la Tierra.

- . ¿Cómo le llamas tú?.

- . Le llamo, Dios.

- . Bien dicho, hijo.

- . Miro a mí alrededor,

Y no puedo por menos

Que pensar en alguien superior

Al hombre en ésta Tierra.

- . Encomiéndate a ÉL,

Que ya verás como aterras

A esa mujer que casquivana

Te hace la vida incierta.

- . ¿Usted lo cree de verdad?.

- . Lo creó y lo afirmo;

Pues así lo he visto yo

En otros casos contigo;

Cuando yo rezaba al Altísimo.

Quedó sentado aquel dicho,

Que si rezas te ayuda

A salir del precipicio;

Y sino rezas te hundes

En lo más profundo del abismo.

Mi hijo, él, se quedó

Conforme con lo que se dijo

En esa hora en casa,

Entre su padre y él,

Quedó conforme después

Que le afirmé lo que dije

Con una devota fe.

Estudió aquella noche

Con ahínco y con fe,

Para aprobar todo el curso,

Forjándose él la vida

En la sociedad que vivimos,

Ésta sociedad marchita

En creencias y amistades.

No me lo podía creer,

Lo mucho que estudiaba

Mi hijo con tanta fe;

Que pensé tener otra hora

Para hablarle a él

De lo grande que es Dios

Y de su Divina bondad

Para con las gentes

Dándolas su perdón.

- ¿Tengo un tiempo contigo?.

- Siempre, papá tú tienes

Ese tiempo que tú quieres.

- Te veo muy afanado

En tus estudios dichosos;

Te veo con ganas de aprobar

El curso, siendo gracioso

Ese tiempo que perdiste,

Perdiste con esa mujer;

Teniendo poco sensibilidad

En su cuerpo metido,

Al no saber respetar

Al chico que ha querido.

Ahora otra trayectoria

Ha elegido mi niño,

Otro camino diferente

Al que él había escogido.

Ese camino es el del estudio,

Para aprobar el curso;

Haciéndose un hombre respetable,

En éste Mundo.

Haciendo caso a su padre,

En todo lo que ella ha dicho;

Que estudie y la olvide,

Que otra mujer vendrá
A su vera a consolarle.
No sé por qué será
Eso que el refrán dice:
Que cuando habla un padre,
Se hace realidad
Lo que él buenamente dice.
Si antes le hubiese hablado
A mi hijo con ese tono,
Antes hubiese encontrado
A la mujer de su modo.
Le vi llegar con una chica
Calle abajo riendo;
Salí a su encuentro diciendo:
Bienvenida seas hija,
A la chica que llevaba
Mi hijo a su lado.
Saliéndole los colores
Rosados a la cara,
Como si con él no fuese nada,
Ni nada que él hiciese
Para remediar su cara
De hombre que ha sido
Cogido por sorpresa,
En su empeño afligido
Para formar un hogar,
Lo mismo que yo he querido.
Le salían los colores

En su cara aterida,
Por esa sorpresa recibida
Del que no espera visita.
Pero la visita llegó,
Que su padre tenía enfrente
De él hablándole con tino,
Y su tino le faltaba
Por no haber esperado
Esa visita querida.
Apenas le salían las palabras
De su boca graciosa,
Ya que la abría
Y la cerraba
Sin emitir ninguna cosa
Digna de empeño,
En esa hora la aurora
No salía para él;
Ya que todo lo veía
Negro como carbón
Sin poderse contener,
Le salieron a él los nervios.
¡Qué poca fe que tenía!,
Mi hijo querido del Alma;
Qué poca altura veía
En sus decisiones tomadas,
En ese momento que me vio
Cerca de ese talle enjuto,
Como tenía esa chica

Que él llevaba
Del brazo,
Por la calle y con sonrisa.

- Hola, papá.

Me dijo,
Mi hijo querido del Alma;
Con un hola me recibía,
Pero también me despachaba
De su lado de inmediato.
Quería que yo me fuese
De su lado, él, corriendo,
Quería que no me parase
Donde él estaba con la chica.
Era bueno que estudiara
Mi hijo en su cuarto,
En su pupitre estaba
Cada vez que iba a verlo.
Yo creía, yo creía
Que sacase todas las asignaturas;
Pero en cambio le quedaron
Dos materias no aprobadas;
Qué mala suerte tenía.
Sin descanso en el verano,
Sin saber lo que hacer;
Si matricularse de ellas
Al otro año después

Que se haya matriculado
En cuarto para aprender.
No pudo ser, no pudo ser;
Pues se quitó una asignatura
De las dos que le quedaron,
Matriculándose en cuarto
Y en esa asignatura,
Que no hubo pasado.
Por mi parte me quedaba
Volverle hablar de nuevo,
Así que una mañana
Le llamé al salón diciendo. . .

- Sabes, hijo, qué debes hacer
- Usted, padre, dirá de inmediato.
- Está bien, que te hayas matriculado

De todo el curso que viene;
Pero debes abarcar según
Tus conocimientos.

- ¿Me quiere decir?, padre,
Que me concentre
En algunas asignaturas,
En vez de todo el curso
Que viene.

- Te lo digo y te lo afirmo:
Concéntrate en tres de ellas,
Para no caer en el intento;
Que así lo hemos hecho todas

Las personas que no podemos

Abarcar todo el curso:

Cógete tres de ellas.

Mi hijo dudó en comprar
Los libros de las otras materias,
Quitándole yo la idea;
Para que fuese repasando
Esas mismas materias
Que le servirían al otro año
Para pasar ese curso.
Así empezó a estudiar
El cuarto por todo lo alto,
Mi hijo en aquel año;
De relaciones tomadas
Con una chica muy mona,
Decente y estudiosa:
Pues era su discípula,
En esos estudios que están
Estudiando con tensón.
Veía que aquella chica
Le ayudaba a mi hijo,
Para comprender las lecciones
Que él no comprendía, sin tino.
Veía que aquella chica
Era buena compañera de mi hijo,
Le servía como ejemplo
Al no despistarse en nada

De éste Mundo azarado:
Estudiaba, estudiaba
Todo el día esa chica;
Solamente paseaba
Los sábados por la tarde,
Y siempre acudía temprano
A su casa con agrado.
Esa era la relación
Que le hacía falta a mi hijo,
Esa era la chica
Que le convenía a mi chico,
Para que en sí estudiase
Y no perdiese el tiempo.
Qué grata que era la vida,
Qué ilusión por dentro,
Teníamos mi hijo y yo
Por medio de aquella chica.
Nos había devuelto la fe,
Las creencias y la bondad
Sobre todas las cosas:
Era así que nos portábamos
Como dos críos inocentes.
Mi hijo estaba soñando.,
Yo soñaba despierto;
Mientras aquella chica
El camino nos indicaba
En aquel triste desierto,
En donde nos encontrábamos,

Mi hijo y yo por supuesto.

Los exámenes vinieron

Para perturbar a mi hijo

En su vida placentera;

Vinieron esos exámenes

Con aplomo y provecho,

Pues mi hijo ha sacado

La asignatura pendiente

De tercero, y todavía

Ha sacado las tres de cuarto

Que él había estudiado,

Teniendo él un verano

Cómo para sus gastos.

Salía a tomar algo,

Los sábados con esa chica

Que le hace a él caso.

Se gastaban muy poco;

Pues se recogían temprano,

Se iban a casa cuando

Los demás chicos salían

Para celebrar el sábado.

Aquellas noches

En la gran ciudad,

Donde ellos estudiaban

Y sus padres trabajaban;

Donde la noche es el día,

Y el día Sol era.

Yo andaba por las calles,

Donde mi hijo él iba;
Yo le veía de lejos
Lo que él siempre hacía.
Quería ser su guardián,
Hasta que por fin caí
Que a mi hijo,
Que a mi hijo no hacía falta
Le guardase a él nadie;
Así que a mi casa me fui.
Acudió él de mañana
A su casa por ahora,
Acudió con la aurora;
Con ese primer rayo de Sol
Que sale por oriente
Y se pone por occidente.
Algo le había pasado
A mi hijo aquella noche
De sábado y de vino,
De vino peleón
Como él había tomado.
Un poco bien mareado
Llegó oliendo a vino,
Llegó mi hijo mareado
Por el veneno etílico;
Como tenía aquel vino.
Le dejé yo pasar
Aquel mareo que traía
A casa, sin decir nada

Le dejé yo pasar
Aquella noche calmada.
Así son las cosas, señores;
Así son las cosas en amores;
Pues su ilusión es empeño
Y su empeño frívolo,
Para poder entender
Lo mucho que le queremos,
A ese hijo en nuestra casa:
Con alarde le queremos.
No podía ser de otra manera,
El querer nosotros a nuestro hijo;
No podía ser que no le quisiéramos
Más que a nada en la vida.
Nuestro hijo, para nosotros,
Era lo primero de todo;
De todo lo que nosotros teníamos:
Más que el Oro y la Plata,
Más que las joyas preciosas
Valía nuestro hijo, valía
Más que nada en el Mundo.
Nuestra vida era suya,
Nuestra ilusión se fundía
Con esa ilusión del joven
Que con nosotros vivía.
Así un día y otro día,
Estábamos por él fundido
En un solo querer,

Y el querer se repartía.
Yo veía, yo veía
Que mi niño me miraba
Con mirada pura y tierna,
Como queriéndome decir algo;
No atreviéndose a decírmelo
Por si acaso yo me enfado.
Una mañana temprano,
Cuando estábamos desayunando
Hablé claro a mi hijo,
Con el corazón en las manos.

- . Tú me quieres decir algo,
Que no te sale del Alma:
¿Qué me quieres decir?,
Tú hijo, con esa triste mirada.

- . Le quiero decir, papá,
Que este año he fallado;
Por coger ciertas asignaturas
Y no abarcar todo el curso;
Pues soy capaz de ello.

- . Así me hubieses hablado,
Hijo de mis entrañas,
Cielo vendito de Estrellas;
Así me hubieses hablado,
Si tú veías que podías
Estudiar todo el curso
Y no unas asignaturas.

Quedamos pues en eso,
En que él estudiaría
Todo el curso completo;
Ya veríamos qué pasaría
Con las notas en ese empeño.
Algo en sí pasaría,
Y el tiempo, el lo diría,
En las primeras evaluaciones
Que a casa me traería
Mi hijo, alegría de ensueño.
Él estudiaba contento;
Pues a su lado él tenía
A la chica de sus sueños.
Él estudiaba mucho
Todos los días
En su cuarto cerrado;
Aunque le visitase
Su chica para estudiar
Las materias deseadas.
Vinieron las primeras evaluaciones
Y con ellas los aprobados;
Viendo yo que mi hijo
Valía para estudiar
Esa carrera deseada.
Alegría, alegría
En toda mi casa:
Su madre bien lo decía,

Mi hijo es un portento.
Su madre estaba orgullosa
De su hijo por supuesto,
Yo estaba que no cogía
En mí pellica en sí puesto.
Quién lo diría, diría
Que mi hijo valía
Para estudiar una carrera;
Si el tiempo lo premiaría
Ese esfuerzo hecho
Por mi hijo, allí puesto
En su cuarto estudiando.
Pues yo en sí no miento.
Solamente salían,
Mi chico y su chica
Los sábados por la tarde,
Que la noche era de estudios
Para sacar sus carreras.
Parecían que tenían prisa
Por terminar el curso,
Parecían que querían
Sacar ellos sus carreras,
Con un empeño infinito
Puesto en algo supino.
Su madre y yo sospechamos,
Por qué era ese empeño:
Mi hijo ya tenía
Diecinueve años bien puestos,

Y la chica dieciocho primaveras

Floridas como ellas solas:

Qué más podían pensar

Esos chicos en esas horas.

Estaba ya en quinto de carrera,

Sacando él buenas notas:

Estaba en quinto mi hijo,

En quinto él por supuesto.

Su chica le animaba

Para que estudiase contento,

Ese efluvio que le daba

Su chica en los estudios

Le animaba a estudiar

Todavía con más ganas.

Yo le daba, yo le daba

Para que comprase sus libros;

El prestaba, prestaba

Mucho interés por estudiarlos,

Para ver si él aprobaba

Haciendo grandes esfuerzos

Estudiando las enseñanzas

Que le daban los catedráticos.

Un día me trajo a la chica

Para comer en la casa,

No sé con qué motivo;

Pero la trajo soñando

Con traerla algún día

Como compañera antaño,

Pues antaño ya serían
Matrimonio enamorado.
Estudiaron, estudiaron
Con fuerzas aquel día,
Pues ellos dos parecían
Unos simples enamorados
De su materia y los libros
Que ellos hubieron mercados.
Un día sonó el teléfono
Cogiéndole yo al cuidado,
Pero cuando oí que era
La chica de antaño;
Colgué yo el teléfono
No queriendo dicha amistad
Para mi hijo amado.
Preguntó mi hijo por ella
Al llegar a casa,
Preguntó si había llamado;
Diciéndole yo que si,
Pero la había colgado
El teléfono de inmediato.
No sabía qué decirle
A mi hijo sobre aquello;
Pues él se puso muy serio,
Diciéndome que no habían vuelto,
Que era un caso de ayuda
Lo que él estaba ofreciendo
A la chica que antaño

Le quitaba a él el sueño.
Pero yo no comprendía
Lo que me estaba diciendo;
Que aquella llamada era
Un caso de ayuda a la chica;
Pues la echaba él una mano.

- ¿Qué pasa, hijo?,

Otra vez.

- No pasa nada, papá;

Solamente que esa chica

Está sola en su empeño,

Para poder estudiar

Y estudiar por ella cierto.

- Pues que estudie.

- Le falta lo principal.

- ¿Dime, hijo, que es eso?.

- Le falta dinero

Para seguir estudiando

Al pagarse el sustento.

- ¿Y tú la vas a ayudar?.

- Entre mi chica

Y alguien más,

Que la quiera dar el dinero.

Buen corazón tenía

Mi hijo, lo vi por eso,

Porque la quería ayudar;

Después que le hizo polvo
Su vida en aquel tiempo,
En el que estaba con ella;
Enamorado por cierto.
Yo le di algo más
De dinero para ello,
Para que la ayudase a la chica
A salir de ese bache
En el que estaba metida,
Sin saber cómo hacerlo
Para salir de donde estaba
Esa chica por supuesto.
Pero ahí no se quedó todo,
Que a los pocos días trajeron.
Entre la chica de mi hijo
Y él mismo, trajeron
A la chica de antaño
Para comer en mí casa,
Sin tapujo, ni constancia
De que eso fuese a ser
Igual que fue en otro tiempo.
¡Vaya por Dios!; como comía
Aquella chica sin medida,
Parecía, parecía
Que no hubiese comido
Por lo menos en tres días.
Las gracias dio esa chica
Al salir de mi casa,

La besó las manos a mi mujer
Como agradecida por ello.
Vi yo en mi mujer
Dos lágrimas
Rodar por los suelos,
Más compungida su Alma
Pensando en algo bueno:
Tal vez en otros tiempos,
Cuando esa chica
Paseaba con nuestro hijo,
Creyendo fuese feliz
Nuestro hijo, por supuesto.
Cuando se marchó la chica,
Se quedaron ellos dos;
Su actual compañera
Y él, encogido el corazón.
Se fueron al cuarto
Quedando abierta la puerta,
Para que viera su madre
Que estaban estudiando,
En sus lindas primaveras.
Y todavía me dijo,
Mi hijo quedándose solo
Cuando se fue su chica
A su casa a descansar:
Que todos los sábados iría
La chica de antaño
Para comer con bondad.

Qué ternura que tenía
Mi hijo en todo su cuerpo,
Qué bondad le brillaría
En su Alma y qué remedio,
Para esa chica necesitada,
Para ese ser sin provecho.
Sacaba notas muy buenas
Mi hijo en sus estudios,
Sacaba todo el curso
En los exámenes parciales:
¿Qué más iba a sacar?,
Que no estuviese él a gusto.
Su cumpleaños lo celebramos
Comiendo en un restaurante;
Le acompañaba su chica
Cerca de su cubierto.
Hablaban de tantas cosas,
Que no podía ponerlas
En orden por no saber,
Pues era cada vez de una
Cosa lo que hablaban.
Se miraban, se reían,
Se comían con la vistas
Esos chicos enamorados,
Como en ninguna parte había.
Se decían con la mirada:
Al terminar este curso,
Que al otro año sería

Cuando terminasen ellos
Sus carreras deseadas.
Eso yo lo presentía,
Eso que ellos se decían
Con una sola mirada
Que se echaban de por vida.
Sería ilusión de padre,
Pero la madre veía
Lo que yo estaba viendo
En esos chicos de envidia.
Era precioso el verlos
Hablar con tanto empeño,
Era precioso quererlos
Como los estábamos queriendo.
Salimos hechos una piña
De aquel restaurante
En el que merendamos,
Merendamos aquel día
De gozo y de misterio
Para toda la familia.
Gozo y pasión completo
Tuvimos aquellos días,
Entre todos en reunión
Sentados a la mesa
De aquel restaurante
Que se eligió
Por ser recatado y sincero
En los platos que ofrecía.

Desde aquel día hermoso,
Para nuestras Almas sencillas,
Formábamos una piña
Toda nuestra familia.
Era así que cuando llegó
El examen final
Para nuestro hijo, formó
Una gran fiesta ideal;
Cuando vio él que aprobó
Todo el curso y las demás
Asignaturas quedadas
En el otro año anterior.
Farolillos y guirnaldas
Por toda la sala la fiesta,
Farolillos y guirnaldas
Con algún que otro confetis
Tirados por todo el suelo.
Fiesta por todo lo alto,
Que sólo le faltaba un curso
Para terminar la carrera.
¿Dónde estaba?, ¿dónde estaba?.
La chica de su sueño;
Que allí no se encontraba
Para nada con su empeño.
¿Dónde estaba, dónde estaba?,
Esa chica modosita;
Si ella era primera
Para mi hijo amado:

¿Dónde estaría esa chica?,
Me preguntaba yo a ratos;
Si no podía faltar
En la fiesta de mi hijo,
En la alegría impar
Que tenía él metido
Dentro su corazón,
Por haber terminado el curso
Con notas bien superior.
Yo veía que mi hijo
No estaba siendo feliz,
Yo veía que algo le comía
Por dentro al infeliz;
Por eso le pregunté
Por la chica de sus sueños,
Diciéndome que habían reñido
Por una memez sin tino,
Y ahora se encontraba solo,
Nervioso y sin compromiso.
No esperé ni un segundo más
Llamando yo a su chica,
Diciéndola que memez
No queríamos en casa,
Y menos con ella que es nuestra.
Enseguida se presentó
En la sala de jolgorio;
Viéndola mi hijo se fue
Derecho para donde estaba

Su chica querida del Alma.
Se miraron, se miraron
Fijamente a los ojos
Diciéndose algunas cosas
Altamente preciosas:
Sin palabras se decían
Lo mucho que habían sufrido
Por una cabezonería
De mi hijo depresivo.
Se los veía alegres
A los chicos en aquella hora,
Se los veía con ganas de vivir
Como ninguna otra
Pareja en el Mundo.
Que se aprecian y se quieren.
Una vez más volvieron a ser
Felices ellos dos juntos;
Una vez más
Se querían como ninguno.
Al siguiente día estudiaban
En el cuarto de mi niño,
Con una fe que radiaba
Alegría y dulzura.
Repasaban las materias
En la facultad ya dadas,
Para no olvidarlas;
Repasaban y repasaban
Las lecciones por su cuenta,

Sin saber qué le depararía
La vida en el nuevo curso,
El último de carrera.
Se veía, se veía
Tenían ganas empezar
El nuevo curso por ahora;
Ese curso que los llevaría
A terminar su carrera.
Al siguiente día saldrían
A una excursión en la sierra;
Allí se jurarían
Amor eterno en sus entrañas.
De la sierra, ellos vinieron
Como dos tortolitos;
Enamorados completos,
Con un amor infinito.
A pocos días formalizaron,
Formalizaron la matrícula
En sexto de carrera,
Ese último curso que daban
Para licenciarse en ella,
En su carrera buenísima.
El curso lo empezaron
Con una fuerza supina,
Con un fervor de asombro:
Estudiaban, estudiaban
Todos los minutos del día,
Para que no los ganase nadie

En esos estudios que tenían.
Qué asombroso es el cariño,
 Cuando se quiere así;
 Con esa fuerza que hace
 Querer a una persona
Más que a nadie en la vida.
¿Quién me lo iba a decir?;
 Que mi hijo sería
 Con esa chica feliz;
 Si la otra chica le hacía
 La vida un fiasco, que sí.
Le compramos a nuestro hijo
Los libros que le hacían falta,
Le compramos todas las cosas
 Que nos pidió en ese año;
 Para equiparlo bien
 En su último curso,
 Ese año que ha de ser
 Licenciado en carrera.
 Tenía ganas de saber
Los resultados de esos estudios;
 A poco tiempo después
 Supe las notas primeras,
Que le habían dado al chico;
 No gustándome ese inicio,
 Pues esas notas eran
No tan buenas como esperaba.
Yo me quedé decepcionado,

Sin saber lo que decir;
Si le había equipado al chico
Con todo lo que me había pedido,
Y ahora el chico traía
Las notas no muy buenas;
Más bien se podía decir,
Que eran malas por completo.
Yo veía que estudiaban
Esos dos chicos,
Yo veía que sabían;
Pues se tomaban
La lección el uno al otro;
Y aún ellos se enseñaban
Lo que habían acaparado
En las aulas de la facultad
A sus buenos catedráticos.
Yo veía que retenían
En su cabeza de memoria
Esas lecciones que daban,
Que daban con mucho empeño:
¿Qué había pasado entonces?;
Me preguntaba yo mismo,
No sabiendo qué decir,
Ni qué camino tomar
En las cosas de mi hijo.
Su chica y él no sacaron
Notas para aprobar
La asignatura estudiada,

Con mucha fuerza y moral.
Pese a que estudiaban
Solamente aprobaban
Esas asignaturas
Que ellos con tensón estudiaban.
No sabía que pasaba
En ese año con ellos;
Preguntándoles me contestaban,
Que a todos sus condiscípulos
También a ellos los pasaban.
¡Vaya año que llevaban!,
Estos chicos estudiantes;
Si por lo menos aprobaban
Las asignaturas dadas.
Otros, en sí, no aprobaban
Esas mismas asignaturas
Que mi hijo, él, daba
Con constancia y tensón,
Estudiando a todas horas
Para él aprobarlas.
Estaban a medio curso,
Mi hijo y su muchacha;
Esa chica tan modosita
Como alegre mata
En maceta respingona
De claveles restallantes.
Su juventud la delataba
A la chica de mi chico

Por ser una mujer muy guapa.

Pero otra vez volvieron

Con la chica que mi hijo

Tuvo en otro tiempo;

Otra vez la trajeron

A casa para comerse

Una alacena entera

De viandas bien formadas.

Se sentó sin decir nada,

Como si tuviese la confianza

Necesaria que se debe

Tener en una casa.

Sin decir nada empezó

Ella sola a comer

Todo lo que mi mujer la ponía

Encima la mesa, ¡su Alma!

Esperaba que dijese

Por lo menos gracias;

Claro que al final lo dijo,

Con una triste sonrisa.

La salía muy de dentro

Esa sonrisa payasa;

Al que tiene algo que ocultar

Y no sabe decir, gracias.

Qué poco habló aquella chica,

Ese mediodía en mi casa;

Qué poco habló y con prisas,

Para salir a la calle

Corriendo y no se cansa
De correr y correr en la calle
Con su tripa ella llena,
De viandas buenísimas.
Supe que ella comía
Entre semana en casa
De los amigos y amigas,
Que ella tenía.
Supe que iba bien
En sus estudios elegidos;
Supe y por saber
Me enteré que estaba
Viviendo con una amiga.
Me enteré también después
Que ella aprobaría
El último curso que daba
En la facultad altiva.
Me quedé más tranquilo
Que estaba,
Viendo a la chica hambrienta;
Me quedé como si nada,
Sin saber lo que decir
De esa chica morena.
Seguí mi vida por ahora,
Como siguen los mortales
Aquí en la Tierra ésta;
En este valle de lágrimas.
Mi pensamiento era para mi hijo,

Mi hijo querido del Alma;
En cuanto que yo estaba
Pendiente de mi niño,
Y mi niño, él, estaba
Pendiente de su chica;
De la chica de su Alma.
Estudiaban, estudiaban
Con muchas ganas,
Para aprobar todo el curso:
Dentro de poco se daban
Los exámenes finales,
Dentro de poco, ya nada.
No había luz ni misterio,
No había día ni noche
Para esas buenas personas;
Pues solamente sus estudios
A ellos los empañaban
Esa voluntad de hacer,
Ó dejar de hacer algo
Que los sirvan de compañía.
No iban a ninguna parte,
Ni hacían ellos nada
Que no fuese estudiar
Con ahínco y con ganas.
Hacían apuntes también
En unas cuartillas ellos,
Para poder repasar
Las materias deseadas;

Una vea que estaban en la calle,
En la cafetería o paseando
Por esas calles bonitas,
Como tiene esa ciudad
Dentro su casco, se gana
El palmito de hermosura
Y de buenas enseñanzas.
Hasta si iban al cine,
En la butaca repasaban
Las lecciones estudiadas
Días anteriores a ese
En el que se encontraban ociosos
Esos chicos de mi casa.
Hay quién dice que no es bueno
Estudiar tanto y tantas horas;
Que el Espíritu se empobrece
Si no se le da expansión
Corporal e intelectual:
Por si acaso ellos andaban
Estudiando a todas las horas,
Antes que perdiesen los conocimientos
Y no conociesen a nadie.
Una mañana le vi
Temblar como un junto en mi casa
A mi niño de mi Alma:
Cómo temblaba él
Delante su padre y madre;
Teniendo mucha fiebre,

Ya que su cuerpo hasta ardía
De la temperatura alcanzada.
Le volvimos otra vez,
Le volvimos a su cuarto
Acostándole a él
A lo largo en su cama.
Llamó mi niño a su chica
Para que le trajese rápido
Un anestésico con fe,
Para bajarle la fiebre
En una hora después,
Después que él lo tomara.
Me parecía mentira
Que hubiese esas cosas,
De tomar y salir corriendo
En una hora después
Que él lo hubo tomado.
Pero lo tomó y salió
Derecho a la facultad
Para sufrir un examen
Cerca cuarenta de grado
En su cuerpo lleno fiebre.
Las anginas no respetaban
A mi niño en aquella hora,
Que debía estar
Dentro de la facultad
Rellenando las cuartillas,
Para exponer sus conocimientos

Acaparados en el curso.
Y allí sí que estuvo
Mi niño él escribiendo
En esas cuartillas, folios,
Poniendo en ellas
Todos sus conocimientos.
Al salir le preguntaba
Yo por el examen,
Y mi chico no hablaba
Ni una palabra de ello:
No sabía, no respondía
A nada que yo le preguntase.
Me asusté yo por ahora,
Pero cuando su chica salía
Del aula donde fue el examen
Ella misma me decía,
Que durante ese par de horas
Que había durado el examen
Mi niño se había encontrado
Perfecto en sus cabales.
De momento había decaído
Mi niño con esa fiebre;
Otra pastilla tomaba
Cerca de una fuente,
Por si acaso le llamaban
Para leer el examen,
No llegando a leerlo
Ese día por ahora;

Hasta dentro de tres días
No leyó él el examen.
Estaba ya mi niño bueno,
De su fiebre y constancia
De esos efectos que tienen
Esos grados en el cuerpo.
Leyó el examen perfecto,
Le felicitaron los catedráticos
Sin palabras, pero sí con un gesto
Que hizo uno de ellos;
Alzando la mano y saludándole
Con saludo militar,
Como si fuese un portento.
Supe entonces, por ahora,
Que mi niño el valía
Más que los chorros del oro;
Supe que se acoplaría
En su carrera un día,
Con experiencias enseñadas
Por sus superiores.
Estaba él aprendiendo
Con un catedrático muy bueno,
Le ayudaba en la consulta,
Y estaba pendiente de todo
Lo que ese catedrático
Decía a sus pacientes,
Con amabilidad y agrado;
Para que saliesen de allí

Con una medicina nueva.
Eso él así lo decía:
Que si tratas a los pacientes
Con ilusión y agrado;
Ya le dabas tú su medicina
Que el enfermo deseaba.
Pues aunque necesitase
Una pócima
De sustancia revulsiva;
La mejor medicina era:
El trato dado al enfermo.
Abordó alguna idea
Mi niño sobre la asignatura
A duras penas aprobada,
Para hacer un examen
De equivalencia;
En esa oportunidad que daban.
Lo malo en sí sería,
Que no podría hacer
Su tesina deseada,
Antes de terminar
Con su examen pendiente.
Las otras las pasó con notas,
Todas las asignaturas;
Quedándole ese escollo
Dentro del Alma metida.
Terminó en sí la chica,
Pero él en sí seguía,

Seguía y seguía
Queriendo sacar él nota
En la materia furtiva;
Esa nota no encontrada
En su expediente hoy día.
Terminó su chica la carrera,
Pero él en sí seguía
Queriendo sacar nota
De lo que se examinó
El otro día,
Cuando fue con fiebre
Al examen;
Sin saber él lo que hacía.
Tuvo que esperar la tesina
Para el otro año que viene,
Tuvo que examinarse
Para sacar él nota,
Derecho hacia la gloria.
Su chica empezó a trabajar
Con un especialista;
Su chica empezó a saber
Qué mal tenía esa persona,
Que al especialista acudía.
Más tarde con un internista,
Trabajaba su chica;
Y ahora sí que la valía
El trabajo para lo que iba a desarrollar
El día de mañana,

Con mucha paciencia y tino.

Mi hijo, él, terminó

Su tesina estudiada,

Con mucho esfuerzo y tensión;

Comenzando a trabajar

Como buen profesional.

A poco tiempo estaban

Dispuesto para casarse

Esos dos chicos

De mi casa.

Se hicieron los preparativos,

Las amonestaciones echadas

En la Iglesia de nuestro barrio:

Estaba todo apañado

Y en una bella mañana

Las campanas tocaron

A boda en el alba.

Preciosos iban los chicos,

Preciosa también la madrina;

Y yo iba que no cogía

En mi piel por esa trama.,

Para quitarme a mi niño

En una bella mañana.

FIN

CRITICA DEL AUTOR:

Se trata de una obra costumbrista; en donde los dichos de los amigos, a veces no son verdad, en cuanto achacaron a la chica que tenía una niña siendo incierto. El padre encuentra a una mujer descasada, teniendo una conversación con el ex marido de esa mujer, quedándose ese hombre, todavía, más prendado de esa mujer, que ya era su esposa.

En cuanto a los chicos; se narran los hechos en un tiempo, en donde la juventud cada mes se iba con una persona diferente a la que estuvo el anterior mes.

Las críticas la hacían a la primera chica como si su vida fuese más turbulenta que era, no siendo así; ya que sin ser mala, solamente cumplía con el conocimiento de aquella época. Y más siendo una chica sencilla y humilde, que hasta la faltaba el dinero para su sustento.

Por fin terminaron los chicos sus carreras, comenzando a trabajar en la sociedad, al encontrar el chico el acomodo mejor para él en una segunda chica.